


Selección

# TERROR

## EL MONJE SANGRIENTO

CURTIS GARLAND

«Su espíritu y su maldad son inmortales. Pactó con Satán. El diablo le hizo eterno, porque él simbolizaba el Mal. Él cambió a todos los caballeros monjes de la Abadía. Él convirtió una Orden religiosa y noble, caballeresca y digna, en un anatema constante, en un desafío contra Dios. Cuando aquí se habla de “alguien” que quema las maderas y deja huellas infernales de su paso… no hablan del demonio hecho hombre, sino del hombre hecho demonio. Hablan de él. De Brude Gösta o Mönch Gösta, como quiera llamarle.

»El Monje Gösta… enemigo mortal del primero de los barones de Korsten, el joven Hans… también utilizaba el hacha para sus ejecuciones. De ahí su nombre de Monje Sangriento… hasta que el joven Hans Korsten, con su propia arma, terminó aparentemente con él. Un día, cuando toda la familia Korsten había sido exterminada ferozmente por el Caballero y Monje entregado a Satanás, alegando que esposa e hijas eran hechiceras al servicio del diablo, y siendo ejecutadas por el propio Gösta en su patíbulo de la abadía… Hans Korsten sorprendió al Monje, lo derribó… y seccionó en el acto su cabeza, de un golpe de hacha certero. En ese momento, estalló una horrible tormenta, los demás caballeros de la Orden, entregados al diablo, persiguieron a Hans Korsten, y él terminó en el fondo del abismo donde ahora, el puente roto, no será jamás reconstruido, porque dicen que es el camino más directo para que el alma condenada del Monje maldito, cruce la distancia que le separa del castillo, y siga vengándose de todos los descendientes de la familia Korsten…».



Curtis Garland

# El monje sangriento

## Bolsilibros: Selección Terror - 60

**ePub r1.0**
**liete** 11.12.14

Título original: *El monje sangriento*
Curtis Garland, 1974
Digitalización: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

# CAPÍTULO PRIMERO

—Creo que no podremos seguir adelante por mucho tiempo más.

Miré al que hablara. No me pareció un agorero sino, sencillamente, un hombre realista. En el fondo, estaba muy de acuerdo con él.

—Cielos, no diga atrocidades —se quejó otro—. Eso sería un auténtico desastre. Al menos para mí. Tengo que estar mañana en la ciudad, lo más tarde.

—¿Mañana? —El que hablara antes miró al exterior, y se encogió de hombros—. No sé… Como siga nevando igual, está usted aviado si espera el milagro. Tendrá que conformarse con llegar más tarde.

—¡Imposible! —tronó el hombre impaciente—. ¡Es preciso que llegue mañana, caballero!

—A todos nos gusta llegar puntualmente a los lugares a que nos dirigimos. Supongo que por eso tomamos el ferrocarril o el carruaje correspondiente —nuestro compañero de viaje se echó atrás, con aspecto amable, beatífico casi. Sonrió, entrelazando sus dedos sobre el abultado abdomen—. Pero no todo depende de nuestros deseos y nuestras necesidades, compréndalo. Están las dificultades ajenas a la voluntad de los hombres. Como la nieve excesiva, por ejemplo. Cuando caen nevadas así durante varios días seguidos, los caminos acostumbran a bloquearse, y eso trae problemas insolubles hasta que deja de nevar y los hielos se derriten o son apartados por equipos de ayuda… Es posible que éste sea un caso similar, a pesar de todas sus necesidades, amigo mío.

El aludido rezongó algo entre dientes, sin replicar, con aspecto de hombre disgustado, profundamente contrariado. Tal vez tampoco le había gustado que un desconocido de condición social o económica inferior, como era aquel compañero suyo de viaje, le llamase simplemente «amigo mío». Fue una apreciación mía, y

estuve seguro de opinar con acierto.

Eso provocó un momentáneo silencio dentro del amplio carruaje con capacidad para seis personas, aunque sólo viajáramos cinco. Los caballos aún encontraban camino para su andadura, en medio del paisaje nítido, blanquísimo, deslumbrante de nieve esponjosa, entre bosques festoneados de blanco y elevaciones que eran como inmensos dibujos de nata en el paisaje invernal.

Estudié a mis cuatro compañeros, cuyos rostros brillaban con el crudo, hiriente reverbero luminoso de la nieve. Todos ellos deseaban llegar a su destino, dar feliz término al viaje. Yo también. Los viajes en coche de caballos continuaban resultando incómodos, pero no había ferrocarril todavía en aquellos puntos, y era preciso perder dos días enteros en diligencia. Se decía que en pocos años se tendería vía férrea por allí, y ninguno lo dudábamos. Pero nadie puede esperar unos años, si tiene algo por resolver en fecha inmediata. Creo que ése era el caso de todos nosotros. De otro modo, no hubiéramos tomado por simple afán viajero aquel molesto, lento, pesado vehículo, para cruzar tan poco hospitalarias regiones, en pleno rigor del invierno, crudo e inclemente aquel año.

Todos éramos hombres, y eso simplificaba las cosas, aunque las hiciese más monótonas y aburridas. La presencia de una dama en un viaje así, ayuda mucho a distraer el ocio desesperante de un largo viaje en diligencia. Y si la dama es joven y atractiva, tanto mejor.

No. No había tenido suerte en esta ocasión. Cuatro personas de mi mismo sexo me acompañaban en mi viaje. Cuatro hombres apresurados, sin duda alguna. El más tranquilo y filosóficamente resignado, era el que hablara inicialmente, poniendo en duda la continuidad del viaje.

Y los copos de nieve allá afuera, cada vez más abundantes y densos, no hacían sino confirmar tal sospecha. Si esto continuaba todo el día, teniendo en cuenta que eran solamente las once de la mañana, me preguntaba, bastante inquieto, dónde diablos íbamos a pasar la noche. El camino hasta la parada de postas en la cercana ciudad, mitad de ruta en nuestro trayecto, me parecía harto difícil y vulnerable a los rigores de una nevada, como para pensar en tener una confortable cama y una cena abundante y caliente en el hotel ciudadano, antes de emprender al otro día la última etapa del

fatigoso viaje de dos fechas a través de la Europa nevada e incómoda de aquel duro invierno.

Estaba también el impaciente, el que pretendía que todo se doblegase a su voluntad, sólo porque *tenía* que estar al día siguiente en el punto de destino.

Y el que dormitaba, como ajeno a todo, pensando acaso para sus adentros que el resistirse al sopor, no iba a comportarle beneficio alguno, y sí sólo ponerle más nervioso sobre el posible futuro de nuestro viaje.

Finalmente, estaba el hombre situado frente a mí. El más extraño de todos. El más inquietante, diría yo, si hubiese habido en el mundo alguien capaz de inquietarme a mí.

Era el hombre del gabán negro, cerrado, del sombrero de copa alta, igualmente negro, y las manos enguantadas, apoyadas en sus rodillas, de pantalón inevitablemente… negro. Todo él enlutado. De arriba abajo. Su calzado era de brillante charol negro. No podía ser de otro modo.

Mantenía los ojos abiertos. Singularmente abiertos. Creo que no le había visto pestañear en todo el viaje. Si lo hizo, fue cuando yo no le veía. De vez en cuando, descubría sus oscuros ojos, tan enlutados como sus ropas, clavados en mí.

Inmediatamente, los desviaba hacia el paisaje, y la nieve producía destellos en aquellas pupilas tan profundamente negras como dos cuentas de azabache.

Ése era todo el pasaje de la diligencia. A mi lado iba el impaciente, que era el más gordinflón de todos, y a quien la amplitud del asiento, con una plaza menos, le iba que ni pintada.

Los copos blancos golpeaban los vidrios alzados de las ventanillas y portezuelas del carruaje, disolviéndose luego sus cristales en simple agua que corría hasta diluirse. Pese a todo, la nieve iba ya bordeando con blancos festones cristalinos todos los salientes del vehículo. El paisaje era totalmente níveo. Sólo la nota parduzca de algún matorral o arbusto no tapado por completo por la nevada.

No. El aspecto del exterior, pese a su indudable belleza, no tenía nada de esperanzador. Mis dudas sobre el feliz término inmediato de nuestro viaje, se iban haciendo más intensas.

A las doce del mediodía llegamos a un albergue situado en la

alba llanura, con un bosque de abetos a su espalda. La nieve caía densamente. Corrimos a través de ella, cuando el vehículo se detuvo, hasta alcanzar el porche.

Allí almorzaríamos para continuar viaje una hora más tarde. Era una especie de parada de postas, aislada y poco frecuentada. Me sorprendió oír al posadero, mientras nos acomodaba en la larga mesa de madera, junto al fuego:

—Tienen un viajero más. Bueno, casi dos… Eso hará el completo en su diligencia, ¿no…? Diablo, no sé cómo la gente piensa en viajar con semejante tiempo, por muy importante que sea lo que tienen que hacer… —y me pregunté qué significaba aquel enigmático «casi dos», que él no aclaró.

Nos sentamos ante los platos, que pronto se vieron confortablemente llenos de sopa caliente. También el vino era bueno, aunque hubo quien prefirió cerveza. Comíamos en silencio, presurosos por darles calorías a nuestros ateridos cuerpos. Afuera, la nieve era por momentos más abundante. No vi ni rastro del viajero número seis.

Cuando terminamos el almuerzo, pedí un licor fuerte. Lo necesitaba, pensando en las horas inmediatas dentro de aquel carruaje, a través de la campiña nevada y del frío de la jornada.

—¡Señores, faltan cinco minutos para partir! —avisó el cochero, asomando su roja nariz, cuya coloración dudé si se debía al crudo clima reinante o a la abundancia del alcohol ingerido, durante su permanencia en la cocina de la parada de postas.

Me levanté. Pagué con unas monedas el gasto. Eché a andar perezosamente hacia el vehículo. De buena gana hubiese enviado entonces al diablo aquel viaje, quedándome a descansar tranquilo en el edificio, pero allí no había albergue para viajeros. Era forzoso continuar adelante. Si la nieve nos dejaba…

Salí el primero al exterior. Por ello fui el primero en sufrir el sobresalto.

Contemplé el vehículo parado ante la casa, bajo la copiosa nevada. En su techo había algo que antes no estaba. Un equipaje imprevisible y siniestro.

*Un ataúd.*

Un largo, negro, lujoso ataúd de madera barnizada, de asas de plata. Una lona cubría su forma oblonga, pero sólo para protegerla

de la nevada, en su parte superior. El resto de la inquietante forma era bien visible.

—Diablo, ¿qué es eso? —rezongué, con disgusto.

A mi lado, el fornido postillón abandonaba con su paso recio, hundiendo las piernas en la nieve, el edificio de la parada de postas. Y su vozarrón fue el que me respondió, con muy escasa convicción:

—Se trata solamente de un traslado forzoso, señor. Un ataúd para la mansión del barón Korsten.

—Vacío, supongo… —sugerí, nada convencido.

—No, señor —la negativa del postillón confirmó mis recelos—. Por desgracia… no está vacío.

Le miré, entornando los ojos. Ahora empezaba a entender aquello de «casi dos». A mis espaldas, mis cuatros compañeros de viaje se habían detenido ante la puerta de la posada, contemplando con expresión de disgusto el desagradable equipaje añadido al vehículo. Oí sus murmullos de desaprobación.

—Eso significa… que hay un cadáver dentro —murmuré.

—Obvio, señor —sonrió melifluo el cochero, pero dirigiendo una inquieta mirada de soslayo al féretro, y persignándose acto seguido.

—¿Eso es costumbre en estas diligencias? —me interesé.

—Pues… no. No es costumbre, aunque haya sucedido a veces —el cochero parecía incómodo con aquel tema de conversación—. Pero si pagan bien y trae un documento firmado por el prefecto de policía del distrito, no tenemos más remedio que aceptar su conducción. Especialmente, si el destinatario es tan importante como… como el barón Korsten.

—El barón Korsten… ¿Reside en la ciudad, acaso?

—No —negó—. A pocas millas de la ciudad. No de nuestro punto de destino, sino de la población de Badgastein, donde descansaremos esta noche, caso de llegar allá, por supuesto.

—Por supuesto —asentí, ceñudo, sin quitar mis ojos de la fúnebre caja oblonga situada entre nuestros equipajes, allá encima del carruaje—. Caso de llegar… Y todavía hay quien sueña con estar mañana en Kitzbühel…

—Ciertamente, señor, este viaje no se presenta nada bien.

—Y muchos pensarán que, con semejante compañía, todavía menos —señaló el nuevo «equipaje», añadiendo con voz tranquila —: ¿Quién es el que va dentro?

—La que va dentro, señor, es una dama. Una mujer…

—¿Una mujer? —me intrigué.

—Sí. La hija del barón Korsten. Ha fallecido, y su padre la reclamó. Por eso vuelve a su mansión señorial, a reposar allí por la eternidad… En Hohe Tauern, entre cumbres nevadas y riscos ásperos a los que nadie llega jamás, está el cementerio familiar de los Korsten. Allí reposarán los restos de la hermosa Heidi Korsten…

—Heidi Korsten… —estudié el féretro, pensativo, cerca ya de la diligencia que cruzaba Austria en su región más abrupta y difícil, entre Innsbruck y Graz, bordeando los Alpes—. ¿Era joven?

—Sólo diecinueve años, señor.

—Diecinueve años… ¿Hermosa?

—La más bella muchacha de Austria… Quizá de Europa toda, señor —ponderó el postillón, tristemente—. Nunca la vi en persona, pero eso dicen las gentes que la conocieron. Quiso vivir lejos de su padre y de su hogar, y la muerte la sorprendió en plena juventud, casi una niña… Ahora regresa al hogar paterno para siempre…

Se apartó de mí. Me quedé mirando el féretro, una vez más. Luego, subí a la diligencia, pensando olvidar definitivamente el asunto. Nunca he sido supersticioso. El hecho de llevar sobre mí, en el techo de un carruaje, el bamboleo sordo de un féretro ocupado por el cadáver de una bella muchacha, no esperaba que me afectase demasiado. Lo importante era salvar los problemas de la nevada, y llegar a destino. Primero a Badgastein, luego a Kitzbühel, término del viaje a los blancos y helados valles alpinos, entre Salzburgo e Innsbruck.

Me sorprendió la presencia de la dama. Ocupaba el asiento inmediato al mío. Junto al que antes quedaba libre.

Una dama en el interior de la diligencia… Antes éramos solamente cinco hombres. Ahora había una mujer. Una misteriosa y bella desconocida, cuyos verdes ojos centelleantes se clavaron en mí, taladrantes como dos agujas de fría esmeralda.

—Oh, perdón, señora… —murmuré, deteniéndome en el estribo. Me quité mi sombrero de peluche—. Ignoraba que hubiese una viajera en el carruaje.

—No la había antes —replicó ella con voz grave, profunda, inquietante—. Acabo de subir a la diligencia.

—¿Aquí? —miré alrededor, el desolado paraje, donde solamente

se alzaba la posada que era parada de postas.

—Sí, aquí —afirmó levemente con la cabeza. Tenía un cabello largo, negro y sedoso, la piel pálida, tersa, el rostro ovalado, bello y sombrío, de expresión inescrutable—. También aquí han cargado algo más en este vehículo…

—Oh, ya lo vi —señalé arriba—. El ataúd…

—El ataúd, sí —asintió ella, despacio—. Y el cuerpo que contiene. Yo viajo con todo ello.

—Usted… —me dejé caer a su lado, junto a la ventanilla. Luego, me creí obligado a ofrecerle—: Si prefiere este sitio, señora…

—No, gracias —rechazó—. Estaré bien aquí, por el momento. Y no me llame «señora». Soy señorita. Señorita Vaal. Elke Vaal, exactamente.

—Señorita Vaal, me dijeron que es una bella joven quien falleció y ocupa ese ataúd…

—Es lo cierto. Yo la llevo a Badgastein, para su posterior traslado al cementerio de la hacienda del barón Korsten.

—¿Es… es usted familia de los Korsten, quizá?

—No —negó con frialdad—. No soy familia.

Y no añadió más. Se quedó rígida, con la mirada fija en el vacío, como si ya hubiera hablado suficiente. Yo no intenté importunarla. No parecía propicia a responder preguntas. Quizá tampoco había razón para ello.

Los demás viajeros fueron llegando, cuando el postillón hizo la llamada definitiva. Fueron ocupando los asientos del interior del carruaje. Nos miramos todos mutuamente, tras una ojeada a la dama, tan enlutada como el propio caballero sentado frente a mí. Ella se limitó a inclinar cortésmente su cabeza en salutación a los que iban a ser sus compañeros de viaje desde entonces, y creo que no llegó a pronunciar ni un monosílabo. Al lado de eso, nuestra breve conversación de antes era todo un prolongado diálogo.

El postillón subió al pescante. El tiro de caballos había sido cambiado. El abrupto paraje nos aguardaba, allá frente a nosotros, festoneado de espesa nieve. Y lo malo es que la nevada, aunque no excesivamente copiosa ahora, continuaba incesante, sin que el cielo plomizo dejase de derramar blancos y densos copos sobre nosotros.

Emprendimos la marcha, finalmente, con una voz estentórea del postillón, y un relincho agudo de los animales, ávidos de tragar

millas en su carrera a través del nevado paisaje.

La solitaria posada perdida en el albo elemento, quedo atrás, perdiéndose pronto tras el bosque de abetos. Nos adentramos en una hondonada, entre promontorios cubiertos de nieve.

El viaje comenzaba una etapa decisiva. Si lográbamos cruzar los duros y difíciles pasos alpinos, llegaríamos sin duda al merecido descanso de la noche en la ciudad de Badgastein.

Si no… Nadie sabía lo que iba a ser de nosotros, perdidos en la nieve, con una temperatura que, durante la noche, descendería vertiginosamente en los termómetros, hasta constituir uno de los más graves peligros.

Pero eso estaba aún por ver. Quería sentirme optimista, a pesar de que oía rezongar al impaciente de siempre, ahora separado de mí por la dama de luto, Elke Vaal, portadora de la molesta carga de arriba.

Sin embargo, me preguntaba si, con un cadáver y un féretro como compañía, podíamos esperar realmente algo bueno y positivo en las próximas horas.

Mis recelos, desgraciadamente, iban a confirmarse muy pronto. Pero yo no sabía hasta qué punto.

Porque lo que luego sucedería, era algo más, bastante más que una simple interrupción forzosa, en un viaje invernal, incómodo y arriesgado.

# CAPÍTULO II

—Mi nombre en Saint Cyr. Christopher Saint Cyr, exactamente.

—Un nombre poco común, la verdad —comenté, mirando al enlutado sentado frente a mí, que acababa de sincerarse, cuando menos respecto a su nombre—. ¿Francés?

—Sólo de origen —casi llegó a sonreír, lo cual, dado su aspecto habitual, era casi un hecho insólito—. Nací en Bélgica, junto a la frontera alemana. Mi padre era francés… Oh, siempre he preferido el buen clima meridional, a estos rigores invernales de Centroeuropa. Pero uno no puede siempre elegir su lugar de residencia…

—Eso tiene gran importancia —protestó el eterno impaciente, moviéndose inquieto en su asiento, y obligando, con la inquietud de su gordinflona figura, a que la nueva viajera se tuviese que encoger un poco más. Llegó a tenerse que apretar contra mí. Intenté darle a aquella proximidad cierta holgura, pero resultó inútil. Me apreté contra la ventanilla nevada. Y la dama contra mí. Creo que a través de su suave, crujiente vestido negro, sentí el calor palpitante de una epidermis joven y llena de vitalidad. Pero no estuve seguro.

—¿No? —dudó vivamente el viajero a quien no le preocupaba el tiempo perdido—. ¿Entonces qué puede molestarle, si el mal clima de estas tierras es precisamente lo que nos está complicando el viaje? Y conste que yo no me preocupo demasiado por ello, sino usted… señor… señor…

—Wyngarde. Ralph Wyngarde, de Glasgow —se apresuró a decir mi exvecino de asiento.

—Vaya, un escocés —rió sardónicamente el hombre apacible—. Tenía que serlo, claro…

—¿Qué quiere decir? —se soliviantó Wyngarde.

—Yo soy irlandés, señor Wyngarde. De Dublín, exactamente. Me llamo Blair, Gerald Blair. Los irlandeses no somos tan impacientes

ni tan violentos. Nos gusta tomarnos las cosas calmosamente…

—¡Calmosamente! —rezongó el escocés—. Evidentemente, porque a usted no le corre prisa ir a ninguna parte, irlandés del diablo…

—Oh, por favor, ya basta —cortó con disgusto el dormilón, bostezando mal humorado, y levantando la cabeza. Su inglés tenía el duro acento típico de un extranjero, sin duda también un centroeuropeo—. ¿Por qué no se callan de una vez, y dejan que uno pueda descansar el mayor número de horas posible, dado lo largo y fatigoso de este endiablado viaje? Conste que a mí, personalmente, todo eso me tiene sin cuidado… No tengo prisa por ir a ninguna parte. A ninguna.

—Eso está bien dicho —asentí, con un leve bostezo—. Con prisa o sin ella, este carruaje va a tener muchos problemas. Y no espero que los resuelva todos. De modo que vale más no discutirlo siquiera.

—¿Qué quiso decir usted, señor? —se interesó Wyngarde, sobresaltado—. ¿Cree que no vamos a llegar a destino, tal vez?

—Eso es algo que estoy temiendo. Y que estoy casi seguro que sucederá como yo imagino, mi querido señor Wyngarde.

—Pero… pero usted no será también irlandés, ¿verdad? —se inquietó el hombre.

—No —negué, riendo—. Soy londinense… Es curioso. Aquí, todos parecemos británicos, de un país u otro…

—No, señor —rechazó el dormilón—. Mi nombre es Kiril Mikolai. Húngaro. Voy hacia Innsbruck, y perdí el tren de esta semana. Confiaba en llegar antes a través de la diligencia de no haber sido por esta inoportuna nevada, pero si no hay más remedio… pues aceptaré lo que venga en este viaje.

Y, con un bostezo, se echó atrás, empezando de nuevo su somnolencia eterna, como muy ajeno a los problemas de los demás.

—¿Lo ve? —rezongó el irlandés, irónico, encarándose con su rival de Glasgow—. Yo, Gerald Blair, estoy a disposición de todos mis compañeros de viaje, británicos o no. El que uno sea súbdito de Su Graciosa Majestad, la reina Victoria, o no, es cosa secundaria para mí. Todos aquí estamos unidos por una misma circunstancia común: el deseo de dar feliz término al recorrido. Si las cosas van bien, estaremos en Kitzbühel mañana.

—¿Y… si van mal? —quiso saber curiosamente el escocés Wyngarde.

—Entonces… —me encogí de hombros, echándome hacia atrás en el asiento, hasta que mi nuca rozó la pana suave del respaldo del asiento dentro de la diligencia—. Entonces, caballeros, pidamos al cielo que exista algún sitio habitado, cerca de donde se detenga forzosamente este vehículo. De otro modo… es muy posible que terminemos muriendo congelados durante la noche…

Nadie comentó cosa alguna tras mis palabras. Evidentemente, en el fondo todos temían algo parecido, aunque ninguno se atrevió hasta entonces a exponer crudamente la situación.

Las palabras irritadas de Gerald Blair, el irlandés, poco más tarde, así lo demostraron sin lugar a dudas:

—Debimos habernos quedado en la posada —indicó, ceñudo, sin hablar con nadie en particular, como reflexionando consigo mismo.

Le miré, encogiéndome de hombros. Miré al bello, pero inquietante paisaje nevado.

—No había alojamientos. Posiblemente, tampoco tendrían reservas de alimentos para todos nosotros. Dormir sobre el suelo o una mesa de madera, y comer escasamente con la pérdida de energías que produce el frío, no era una idea agradable para nadie. Quizá por eso se ha juzgado preferible seguir adelante, e intentar llegar a Badgastein antes de que caiga la noche.

—¿Y si no es así? —preguntó ahora con voz tranquila, fría, tremendamente serena, el caballero de luto, el imperturbable Christopher Saint Cyr, fijando sus negros ojos rasgados en mí.

—Si no es así… ya les dije antes lo que pensaba de esto —suspiré—. La muerte por frío, aislados en medio de la nieve no sería un destino demasiado amable para nosotros. Pero no veo otro, señor Saint Cyr.

—También hay muchos lobos por estas regiones, especialmente cuando las nevadas son intensas y prolongadas —señaló Saint Cyr—. Acostumbran a estar hambrientos, y bajar de las montañas, en esta época del año.

—Es un riesgo más —sonreí—. Morir entre las fauces de un lobo, quizá sea más compasivo y rápido que helarse en la nieve.

—¿No tienen otro tema de conversación más grato, caballeros?

La miramos todos, pensativos. El comentario de ella era

oportuno. Nos hizo sentirnos culpables. La verde y fascinante mirada de la dama, nos recorrió con cierto aire de reproche.

—Lo siento —dije—. Tiene usted razón, señorita Vaal. No resultamos unos compañeros de viaje amenos ni esperanzadores.

—Mi estado de ánimo no es precisamente el más dado a los optimismos o alegrías —señaló ella, calmosa. Su mirada fue, expresiva, hacia el techo que nos cubría—. Nunca se siente una persona demasiado feliz, cuando tiene un triste deber que cumplir.

El adormilado Kiril Mikolai, entreabrió sus ojos, lanzó un resoplido, y comentó en su aceptable y duro inglés:

—Ah, ¿el cadáver? —puso un gesto elocuente, y se tocó la cruz de metal oscuro que lucía en el ojo de su solapa, como si en vez de un símbolo religioso fuese un talismán—. La verdad, creo que nadie contaba con semejante viajero… Pero cuando menos, no abre los labios para decir tonterías…

—Muy amable —refunfuñó Ralph Wyngarde—. Debería usted seguir durmiendo, para intentar emular al pobre difunto que viaja arriba, señor Mikolai.

Los dos hombres se miraron con mutua enemistad. La suave risa burlona de Gerald Blair, el irlandés, terció en el breve choque nervioso.

—Esto resulta divertido —comentó—. Todos los que viajamos aquí, tenemos el genio vivo y nos gusta herir a los demás. Somos pocos… y mal avenidos. Muy curioso…

No pude por menos de sonreír. E incluso los delgados, pálidos labios de Saint Cyr dibujaron una leve mueca que podía pasar por una sonrisa, si uno era lo bastante optimista para ello.

La dama de las verdes pupilas se limitaba a escuchar ahora, fija su mirada en el albo paisaje exterior. La diligencia avanzaba, pero cada vez menos, si yo no estaba equivocado. La densidad de la nieve en el sendero, empezaba a resultar excesivo obstáculo para sus ruedas, y también para el trote de los caballos. Solamente los matojos, algunos árboles pelados, y los postes de encrucijadas y desvíos, iban marcando la ruta a través de la campiña blanca. Creo que de no ser por todo eso, y por el propio instinto de los caballos y la experiencia de nuestro postillón, terminaríamos por sepultarnos en una hondonada traicioneramente cubierta por el manto nevado.

Fue declinando la tarde con gran rapidez. Era invierno, el cielo

estaba encapotado intensamente, las nubes eran plomizas y espesas, y en esas condiciones, la caída del sol y de su luz diurna tenía que ser forzosamente veloz.

La penumbra empezó a reinar, tiñendo de un azul-gris casi fantasmal el exterior que cruzábamos con nuestro carruaje, tan dificultosamente. Hasta la nieve parecía irse tornando azulada, y los boscajes lejanos eran como negras manchas de oscuridad, perdidas en el paisaje.

El postillón encendió los faroles de aceite del pescante, y una leve claridad amarillenta trató de abrirse paso a través de los vidrios, sucios y grasientos, de los fanales. Y también a través de la sombra de la tarde.

Kiril Mikolai, el apacible húngaro dormilón, parecía conocer bien la región. Se irguió de un salto, miró afuera y reveló por vez primera cierta emoción en el rostro. Estudié sus claros ojos azules. No me gustó su expresión. Parecía asustado.

—Cielos, no podemos llegar a Badgastein —masculló.

—¿Eh? —me volví a él—. ¿Por qué no?

—¡Cochero, cochero! —aulló, sin responderme. Y se precipitó hacia la ventanilla, atropellándome a mí y a la silenciosa Elke Vaal, a quien su propio impulso casi lanzó sobre mí, con muy escasa caballerosidad—. ¡Deténgase, por todos los diablos!

—¿Qué le pasa a usted? —rezongó afuera la voz de nuestro postillón. Y su cara rojiza, su gesto adusto, asomó por el hueco de la ventanilla, al inclinarse forzadamente desde el pescante—. ¿Qué diablos quiere ahora?

—¡Detenga el coche! —insistió Mikolai—. ¡No siga adelante!

—¿Qué mosca le ha picado, señor? —se disgustó el cochero—. ¿Pretende que me quede aquí para pasto de lobos?

—Lo seremos de todas maneras, si continúa por aquí. Éste… éste *no es* el camino.

—Oiga, ¿pretende decirme cómo debo hacer mi trabajo de toda la vida? Mil veces he recorrido esta ruta, señor, y mil veces lo hice sin necesidad de que ningún viajero tuviera que rectificar mi marcha, ¿ha entendido? Si quiere que lleguemos a Badgastein, aunque sea algo entrada ya la noche, no moleste más, y limítese a sentarse y charlar con sus compañeros de viaje, en vez de importunarme a mí con observaciones fuera de lugar.

Aquello parecía zanjar de una vez por todas el incidente. Pero Mikolai no se dio por vencido tan fácilmente como todos creíamos. Resopló, se echó atrás, encogiéndose de hombros, e incluso se permitió soltar una risita, comentando en voz alta, que el postillón pudo oír perfectamente:

—Está bien, amigo. Es usted un cabezota. Dentro de una hora me lo dirá. Cuando se tropiece con la Abadía…

Y se echó atrás, beatíficamente, cruzando sus manos sobre el abdomen, y cerrando los ojos, como si se sumiera otra vez en su sueño tranquilo.

Arrugué el ceño. Miré al exterior. La noche iba a llegar pronto. Quizá dentro de una hora como máximo. Pensar que, para entonces, en vez de estar cerca de la ciudad, podíamos hallarnos en otro sitio, aunque fuese una Abadía, no me hizo la menor gracia. Mi mirada, instintivamente creo, se cruzó con la de Saint Cyr.

—¿Tendrá razón nuestro amigo? —preguntó en voz baja.

Él se encogió de hombros, con fatalismo. Miró al exterior en sombras.

—Si la tiene, dentro de una hora lo sabremos —fue su comentario.

No parecía dispuesto a hablar más. El irlandés había escuchado todo aquello sin inmutarse demasiado, puesto que nunca parecía tener prisa para nada, mientras el escocés Wyngarde resoplaba como un animal incómodo, ávido de algo.

—La abadía… —comenté. Sin saber la razón, miré a la dama. Sus ojos, de un verde que ni la oscuridad podía disimular, y que parecían ahora dos gemas centelleando en la sombra, estaban fijos en mí—. ¿Sabe usted lo que significa eso, señorita Vaal?

—Sí —afirmó ella con lentitud—. Lo sé.

No me sorprendí. Ella era de aquella región. Ella conocía al barón Korsten. Ella podía sacarme de dudas, después de lo dicho por el húngaro.

—¿Qué abadía es? —quise saber, con aire entre indiferente y curioso.

—La Abadía de los Caballeros Rojos —dijo ella fríamente.

—¿Los Caballeros Rojos? —dudé.

—Una especie de Templarios. Mitad guerreros, mitad monjes. Religiosos que se vendieron a los poderes del Mal, y fueron

marcados por el Señor. Es lo que dice la leyenda.

—Ya. ¿Y al margen de la leyenda?

—No sé —Elke Vaal se encogió de hombros. Una mueca desdeñosa crispó sus rojos labios—. Aquí, todo es leyenda. Nunca se sabe dónde termina y dónde empieza la realidad. Lo cierto es que los Caballeros fueron sepultados en la Abadía, y allí reposan desde el Medievo. El lugar ahora no es mucho más que un montón de ruinas y unas naves y claustros medio derruidos, sobreviviendo entre montículos de piedras y arbustos. Se llama también la Abadía de Korstenburg[1], porque allí cerca está el castillo del barón Korsten. Exactamente a dos millas, a través de un camino difícil y áspero, sumamente peligroso.

—Pero todo eso se halla camino de las alturas de Hohe Tauern, al sur de Badgastein. No podemos pasar por allí, si vamos a la ciudad, ¿no es cierto?

—Cierto —convino. Y añadió, enigmática—: Si vamos a la ciudad, *no podemos* pasar por la Abadía ni por el castillo, es obvio. La encrucijada marca bien las diferentes rutas.

—¿La encrucijada? —me interesé.

—Sí. La dejamos atrás hace poco tiempo. La *Teufelkreutzweg* la llaman.

—*Teufelkreutzweg*… —repetí, traduciendo directamente del alemán aquel largo nombre a mí propio idioma—: Encrucijada del Diablo…

—Exacto —asintió ella, con su rara frialdad de siempre. Se dice que el mismo diablo clavó allí el poste de la encrucijada, señalando los caminos, y quemando con su fuego azufrado el madero que señalaba la ruta de la Abadía.

—Y del castillo —comenté, irónico.

—Y del castillo, claro —convino ella con sequedad, sin parecerle afectar mi sentido del humor en absoluto.

Kiril Mikolai se irguió, ceñudo, mirándonos a ambos. Terció en la conversación con un comentario inquietante:

—Eso es lo que pretendía decirle a ese imbécil del pescante. Se guía sólo por su rutina. Y no ha advertido siquiera que, al pasar por la Encrucijada del Diablo… *alguien* había girado el poste indicador, cambiando las direcciones. Aparentemente, seguimos la ruta marcada por el madero que señala hacia Badgastein. En realidad…

estamos rodando hacia las propiedades de Korstenburg. Y, por tanto, si no estoy yo en un error, y no creo estarlo, porque conozco el paisaje, y *no es* el que debíamos recorrer hacia la ciudad… pronto veremos las ruinas de la Abadía, frente a nosotros. Espero que eso convenza a ese patán de cochero…

—Pero si vemos la Abadía como usted dice, ¿cómo volveremos atrás entonces, en plena noche, con la nevada, y a semejante distancia de la ciudad? —indagué.

—Eso es lo malo —suspiró el húngaro—. Que no volveremos.

—¡Y lo dice tan tranquilo! —estalló, excitado Ralph Wyngarde, el impaciente escocés—. ¡Hay que detener a ese hombre, volver atrás antes de que sea tarde!

—Inténtelo, convenciendo a ese cabezota —refunfuñó Mikolai, señalando al exterior con disgusto—. Pero no creo que lo consiga, la verdad.

—Al menos, voy a intentarlo —Wyngarde sacó la cabeza por la ventanilla, gritando agudamente, mientras recibía contra el rostro la nieve y el aire a ramalazos helados—. ¡Eh, postillón! ¡Postillón, frene este trasto! ¡Detenga la diligencia, por todos los diablos! ¡No siga adelante!

El carruaje, pese a todo, sí seguía adelante. Un juramento obsceno brotó de labios del conductor, y lo sentí por la única dama que viajaba allí. La miré. Me miró. Sonrió, incluso, encogiéndose de hombros. Era como quitar importancia a las cosas. Su aire, al hacerlo, tuvo cierto señorío. Como si estuviese muy por encima de gentes y comportamientos semejantes. Como si todo aquello distara de ella miles de millas.

Personalmente, me mereció ella un gran respeto y admiración. Le di un golpe en las anchas espaldas al gordo e impaciente escocés.

—Aprémielo —dije—. Y recuérdele que tiene una viajera del sexo femenino.

Wyngarde me hizo maldito caso. Pero cuando menos, le apremiaba por su propia cuenta, a grito pelado:

—¡Imbécil! ¡Detenga esto! ¡No siga! ¡No siga, que no es éste el camino! ¿Me está oyendo, maldito obstinado sin cerebro?

Los caballos relincharon, al encabritarse. Las ruedas resbalaron en la nieve, y el vehículo se detuvo con brusquedad, entre remolinos de nieve y chirriar de madera, de metal engrasado, y creo

que hasta de nuestros propios huesos maltratados.

La diligencia se detuvo. La voz furiosa del postillón clamó con ira:

—¿Qué pasa ahora? ¿Es que todos ustedes se han vuelto locos… o se propusieron volverme a mí?

—Será mejor que escuche, postillón —aulló Wyngarde—. ¡Éste no es el camino! ¡El húngaro tuvo razón!

—¿Razón? ¿Qué clase de razón, malditos sean todos ustedes? —rezongó con violento mal humor el postillón.

—¿Es que no se ha dado cuenta? Cambiaron la posición del poste indicador, en la encrucijada. ¡Sí, en la Encrucijada del Diablo! ¡Estamos en el camino de Korstenburg!

—¿Korstenburg? —el conductor soltó una carcajada irónica—. ¡Váyase al diablo! Aún sé por dónde voy. Cuando me ocurra algo así, dejaré este trabajo. ¡Y me dedicaré a sastre o a vendedor de vinos!

Nos miramos todos. Alrededor nuestro, la oscuridad era ya casi total. Solamente el leve resplandor azulado de la nieve. Y los reflejos amarillentos de los fanales colgados del pescante. Todo tenía un cierto aire de lúgubre romería medieval, entre tinieblas. Me sentí oprimido.

Repentinamente, me decidí. Abrí la portezuela. Salté a la nieve. Casi me hundí hasta las rodillas en el blanco, esponjoso, frío elemento. Miré a la máscara lívida, espectral, que era el rostro del conductor, flotando sobre el pescante, entre tinieblas.

—Está bien —dije—. Siga adelante. Pero si la Abadía aparece en breve en nuestro camino, será la prueba evidente de que por mucha que sea su experiencia como postillón, su cerebro como tal es nulo. Y entonces, trate de buscar una solución a todo esto… o le juro que le ataré a las tumbas de los Caballeros Rojos de Korstenabtei[2], por si a esos medievales caballeros monjes se les ocurra resucitar a medianoche, para acabar con los intrusos.

Lo dije sin pensarlo. Creo que no puse la menor intención en mis palabras. Y nunca he sido un brujo ni nada parecido. Pero, de repente, ocurrió algo, allá en la distancia.

Una especie de violento, súbito resplandor anaranjado, iluminó el cielo y trazó pinceladas llameantes en la nieve. Alguien, dentro de la diligencia, emitió un grito agudo:

—¡Miren! ¡Miren allá, hacia aquel resplandor! ¡Vean esas ruinas, esa capilla, esos arcos de piedra, esa torre…! ¡Es la Abadía! ¡La Abadía de Korstenburg!

Miré en esa dirección. Era cierto. Los perfiles de una abadía destacaban en un fondo blanquinegro, dantesco y fantasmal. El foro de aquel extraño y fascinante espectáculo casi teatral, era un incendio pavoroso, unas violentas llamaradas, elevándose desde alguna parte hasta el negro cielo borrascoso.

Un grito de mujer, profundo y tenso, sonó dentro de la diligencia, mientras el postillón revelaba su enorme perplejidad ante lo incontrovertible.

Oí a Elke Vaal sus palabras alarmadas, llenas de terror:

—¡Es el castillo! ¡El castillo del barón! ¡Está ardiendo…!

# CAPÍTULO III

Caminé despacio. Me apoyé en un recio tronco de abeto. Encendí mi pipa, pensativo.

Sentí crujir la nieve a mí espalda. Giré la cabeza. El postillón, cabizbajo, con expresión humillada, se acercó a mí. Me miró, hundiendo las manos en su pelliza de gruesas pieles.

—Lo siento, señor —dijo.

—¿Qué siente? —miré el resplandor rojo, su reflejo anaranjado en el rostro saludable de aquel hombre, en la nieve, en la diligencia, en mis propias ropas—. ¿El incendio?

—No, diablo. No tengo culpa en eso. Pero el desvío, la encrucijada, mi error… ¡Oh, si la empresa se entera de esto, me darán de baja como postillón!

—No es tan malo —dije, encogiéndome de hombros. Eché una vaharada de humo—. Cualquiera puede cometer un error, ¿no?

—Claro. Lo malo es no admitirlo, empeñarse en creer que uno tiene la razón. Nunca había sucedido antes, no tenían por qué girar el poste y señalar en otra dirección… a menos que lo hiciera el viento.

—¿El viento? —reí—. No hay viento capaz de remover en su sitio un poste con varios pies hundidos en la tierra, amigo. Y menos dejándolo como si tal cosa, sin derribarlo. No, créame. Eso, no lo hizo el viento. Ni nada parecido.

—Entonces… ¿qué o quién?

—No lo sé —sacudí la cabeza—. Quisiera saberlo, la verdad. Pero no lo sé. No puedo responderle amigo. Sólo le puedo decir que… que eso sucedió. Ahí está la Abadía. Y allá, el castillo de Korsten arde en la noche. Quizá el propio diablo hizo todo esto… Lo único que se me ocurre preguntarle es… ¿Qué vamos a hacer ahora?

Me miró, impresionado. La pregunta le tenía sin cuidado, por lo

que vi.

—El diablo… —repitió, estremeciéndose—. Dicen que quemó el indicador de la encrucijada… Todo esto está en poder del diablo. Todo. Las ruinas de la Abadía… estas tierras…

—¿Y el castillo? —me interesé.

—El castillo… —se persignó, rápido—. Sería capaz de ir a cualquier parte menos a ese lugar.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No me gusta ese lugar. No me gusta el barón. No me gusta nada suyo.

—Usted lleva algo encima de su carruaje. Algo de ese castillo, algo del barón: su hija Heidi, muerta.

—Oh, el ataúd… —sus ojos bailotearon en las órbitas—. No sé cómo acepté todo eso…

—También está Elke Vaal.

—¿La señorita Vaal? —abrió aún más los ojos.

—Sí. Ella es algo, en relación con el barón Korsten, ¿no es verdad?

—Bueno, sólo su… su institutriz.

—¿Institutriz?

—De la señorita Heidi. Ahora, eso ha terminado. Prometió trasladar a la difunta hasta su última morada. Y lo está cumpliendo.

—Sí, entiendo —bajé la cabeza, contemplé la nieve, donde se hundían mis piernas—. ¿Y ahora, amigo? ¿Qué vamos a hacer?

Ante mi insistencia, respondió concreto, subiendo al pescante con decisión:

—Ir a cualquier parte… menos a esa Abadía o al castillo del barón. Volveremos atrás, señor. Aunque deje en ello mi vida.

Era obstinado. Lo había demostrado antes, en el error. Lo demostró ahora, en su determinación rebelde. Fracasó una vez más.

No dejó su vida en el empeño. No hizo falta tanto. Dejó una rueda de la diligencia, y fue más que suficiente.

Estábamos hundidos en la nieve, intentó virar, azuzó a sus caballos, con energía y decisión, cuando hubimos vuelto al interior, tratando de convencer a Elke Vaal de que el posible incendio del castillo sería dominado por sus ocupantes, y que nosotros nada podíamos hacer por ello, ya que distábamos más de tres millas de allí. Todo eso resultó. Los caballos cumplieron su tarea, entre

relinchos, agitando la nieve entre sus cascos. Pero hubo un áspero crujido repentino, un chasquido brusco, un bamboleo violento del carruaje, y éste se volcó casi por completo, sobre su rueda rota y quebrada por el eje.

Supimos que ya no había nada más por hacer. La nevada continuaba cayendo, aunque menos copiosa e intensa. Supimos que era obligado quedarnos allí. En plena noche, en la soledad del descampado, rodeados de la blanca manta de nieve.

Mis compañeros empezaron a lamentarse. Yo me limité a bajar, para ayudar a mantener el difícil equilibrio del carruaje. Arriba, un siniestro, largo crujido, reveló que el ataúd pugnaba por deslizarse, entre sus ataduras del techo, para irse hacia el suelo nevado.

Logramos que eso no sucediera, afianzando y aupando el vehículo hasta que se estabilizó lo indispensable. Después, nos miramos en un repentino silencio dramático.

—Bueno —suspiró Christopher Saint Cyr—. Parece que todo está listo, ¿no?

Su comentario era tan breve como rotundo. Volvió el silencio. Seguíamos mirándonos, sin saber qué hacer.

—Ahora, estudiemos la situación —dijo Gerald Blair, apoyándose en la rueda rota, hincada en la nieve, casi vertical. E inútil, claro. El irlandés añadió, calculador—: ¿Adónde nos dirigimos ahora? Porque quedarnos aquí, en estos momentos, es afrontar tres peligros. Tres peligros mortales, diría yo: el frío, los lobos… y la falta de alimentos y bebidas calientes para combatir el clima de la noche y la madrugada.

—Hay tres sitios adonde ir —comentó Kiril Mikolai, tras una ojeada iracunda al abatido postillón—: La abadía, el castillo… y el mesón.

—¿El mesón? —aulló virtualmente Wyngarde, el eterno impaciente escocés—. ¿Qué mesón?

—Bueno, siempre hubo uno, a una milla de la vieja abadía de los caballeros medievales que abjuraron de Dios y de su fe, para abrazar una nueva religión diabólica —explicó Mikolai—. Tal vez ya no exista, pero hace un año o dos estaba allí, entre la abadía y el castillo, exactamente. Pero separado de éste por un puente que destruyó un rayo, hace tiempo, y que nadie quiso reconstruir, porque dicen que es el camino que utilizó Lucifer para recorrer

estas sendas, quemar a su paso las maderas, como huella de su tránsito, y condenar eternamente a los Caballeros Rojos de la Orden de la Magna Fe, en la Abadía de Korstenburg.

—Un mesón… —reflexionó en voz alta Blair—. Parece una buena cosa, ¿no creen ustedes?

Nos miramos de nuevo, asintiendo. Observé que Saint Cyr no decía nada ni hacía gesto alguno. En cuanto a Elke Vaal, continuaba acomodada dentro del carruaje inmóvil.

—Me inclino por ese mesón, aunque tenga que dormir en una mesa o en el duro suelo —dijo con firmeza—. Pero ¿a qué distancia estamos? ¿Es accesible el camino?

—Es duro y difícil —rezongó el postillón, malhumorado. Se persignó—. Y, además, no me gusta.

—¿Qué diablos tiene que ver que a usted no le guste, cretino? —se irritó Mikolai—. Por su culpa estamos metidos en esto. ¿Cree que hay fantasmas en el viejo mesón?

—No pondría la mano en el fuego negando eso, si se me pidiera.

—Váyase al diablo. Lo importante es que tendrá un techo, un hogar con leños encendidos, comida, vino o cerveza, café caliente… y quizá hasta camas. O, cuando menos, mantas, un establo, lo que sea. Cualquier cosa menos quedarse aquí, esperando que el frío y los lobos terminen con nosotros. ¿Cuáles son las dificultades para llegar allí?

—Varias: es un sendero angosto, bordea un abismo, pasa junto a la Abadía… y tiene que remontar unos promontorios peligrosos. Además… —el postillón enmudeció.

—Además… ¿qué? —se interesó vivamente, con cierto tono estridente en su voz, el impaciente escocés Wyngarde.

—Además… la fachada de ese mesón siempre estuvo ennegrecida… por la marca de Satán.

—¿La… marca de Satán? —reí, al repetir la truculenta frase.

—No se burle —el postillón me miró, preocupado, con la frente cubierta de hondos surcos—. La prueba es que nunca se pudo reparar eso. Nadie pudo jamás poner madera nueva o pintura sobre esas quemaduras, que dibujan una letra T.

—¿La T? —sonreí—. Es la cruz egipcia…

—Y algo más —añadió Mikolai—. La inicial del Diablo, señor… [3]

—Llaman a esa casa El Parador Marcado. Y, naturalmente, se

refieren a la marca del fuego. A la marca del Diablo —y por enésima vez, el postillón se persignó, como si eso pudiera servirle de algo frente a las fuerzas de las tinieblas, en aquel momento.

Otra vez reinó el silencio en el grupo. La voz de Elke Vaal nos sobresaltó, profunda y decidida, desde el fondo de la diligencia:

—Váyanse ustedes al parador. Yo me quedo.

—¿Qué? —me volví vivamente. Miré al interior del vehículo, Solamente capté el destello verde de sus ojos, como el de un felino al acecho, quizá una pantera negra, sigilosa y elástica—. ¿Usted? ¿Cómo puede decir eso? Quedarse aquí, es correr peligro de muerte. El frío, la nieve, los lobos, la soledad… No, no dejaremos que se quede.

—Debo hacerlo, señor…

—Malone —dije, recordando que aún no había dado mi nombre —. Víctor Malone, de Londres, señorita Vaal.

—Bien, señor Malone. Debo quedarme.

—Pero… ¿por qué? —casi grité.

—Ella… Heidi. La pequeña y hermosa Heidi —susurró, casi mística. Señaló arriba, al techo del vehículo—. No puede quedarse sola. Yo no puedo dejarla, hasta que repose en tierra sagrada. Lo prometí, señor Malone. Una promesa es siempre una promesa. Y más, cuando se hace a los muertos…

La miré fijamente. Sus pupilas verdes herían. Casi hacían daño. Eran como fuego verde. Incliné la cabeza. Pegué una patada a la nieve, levantando trozos helados, blancos y cristalinos.

—Conforme. No debe separarse de ella. No la abandonará. No lo haga, amiga mía. Ella vendrá con nosotros.

—¿Qué dice?

—Ya me ha oído. ¿Vendrá usted así?

—Sí —convino ella—. Pero ese camino… es infranqueable para una carga como un ataúd con un cadáver, señor Malone.

—No se preocupe de eso. Lo intentaremos. Estoy seguro de que todos, incluso el féretro, llegaremos a ese maldito mesón quemado por el paso del Diablo…

* * *

Y llegamos.

Llegamos, a pesar de todo. Yo tuve razón.

No fue nada fácil, la verdad. Había tenido razón Elke Vaal. Y también Mikolai, y el propio cochero. Pero lo hicimos. Ataúd a cuestas. Tanteando el difícil terreno, dando cada paso cuidadosamente, sólo con la guía de los fanales de la diligencia, que cada vez alumbraban más débilmente. A través de un terreno áspero, duro, difícil, sinuoso, como si la dichosa leyenda fuera cierta, y el propio diablo lo hubiera trazado.

Tuvimos que pasar ante la Abadía. Y confieso que el lugar no me gustó. Es más, casi sentí un escalofrío cuando, súbitamente, al desfilar nosotros, a cosa de doscientas yardas de las viejas ruinas medievales, un tañido metálico, lúgubre, resonó en la noche, provocando el terror en todos.

Elke Vaal, muy serena, caminando junto a mí, no lejos de donde estaba yo, llevando en ese momento, con la ayuda del fornido postillón, el féretro de Heidi Korsten aclaró el fenómeno de sobrenatural apariencia:

—Es el viento… En las noches de borrasca, el campanario, desmantelado por la acción del tiempo, y con su gran campana a la intemperie, emite esas notas, cuando el badajo rebota dentro del cuenco de cobre…

El misterio estaba explicado. No había nada sobrenatural en ello, pero eso no quitaba su efecto inquietante. Que en personas como el húngaro Mikolai o como el postillón que me ayudaba a llevar el féretro, era miedo supersticioso.

De la Abadía, propiamente dicha, quedaba poco. La miré, con la frialdad que da el no sentir temores a cosas del más allá, mientras desfilábamos no lejos de sus ruinas.

Era eso, fundamentalmente: ruinas. Peñascos, brezos, matojos, nieve acumulada en sus despojos de piedra… Unas arcadas de un viejo claustro románico, una bóveda rota, con muros posiblemente salpicados de viejas pinturas ingenuas y firmes al mismo tiempo, casi siempre de vivos y agrios colores… Algún ábside con absidiolos o capillas radiales, carcomidas por el tiempo y el abandono…

Más allá, un muro semiderruido, verjas, cruces de piedra y hierro, sobrias, rectilíneas, casi desnudas… El cementerio de los Caballeros Rojos de la Orden. Recuerdos remotos de tiempos

medievales, acaso del Sacro Imperio Germánico…

Pero eso no era todo. Los claustros incompletos, las bóvedas hundidas, los ábsides y los arcos… Piedra vieja, mordida por los siglos… No, no era todo. Había algo más. Hubiera querido saber lo que era. Quizá no me hubiesen sorprendido repentinos cánticos monacales, retumbando en los claustros casi abatidos, voces profundas, de coros monásticos en un eterno réquiem por los allí sepultados…

No supe lo que podía ser. La Abadía quedó atrás. Y con ella, mis dudas, mis recelos, mis íntimas preguntas sin respuesta, que acaso no eran sino simple influencia de tanto temor supersticioso, de tanto pánico a lo intangible, de tanto terror a la noche, al silencio, a los poderes de las sombras, a la infortunada muchacha muerta, que llevábamos sobre los hombros, dentro de su negro y lustroso arcón funerario…

De repente, la voz del hombre que caminaba junto a mí, logró estremecerme de modo leve, casi inapreciable:

—¿Qué piensa de todo esto, Malone?

Le miré. Su figura enlutada, altísima, impresionante, resultaba aún más tremenda en la noche, en la nieve, en el juego fantasmal del blanco azulado de los suelos nevados y el negro profundo de los cielos y los bosques.

—No sé. No pienso nada —murmuré, sintiendo sobre mis fuertes hombros el crujido de la madera del féretro, dentro del cual viajaba por última vez un ser humano, una muchacha joven y hermosa, hacia su última morada—. Es un mal viaje, eso es todo. Debimos imaginarlo apenas comenzó. No es buena época para viajar, Saint Cyr.

—No me refería a eso. No sea vulgar, Malone. Usted no es así —me escudriñó de soslayo, moviendo con firmeza sus largas piernas junto a mí, haciendo crujir con fuerza la blanca nieve esponjosa, endurecida por el cierzo helado de la noche, que empezaba también a clavar sus agujas de hielo invisible en nuestros miembros—. No me refería al viaje.

—¿Ah, no? —traté de hacerme el ingenuo.

—No. Hablo de cosas que están ocurriendo. Ese féretro que lleva ahora, esa mujer… Y la diligencia, la rueda rota, el poste de la encrucijada, el sendero equivocado… La abadía, el incendio del

castillo… ¿Qué significará todo eso?

—Seguramente, nada —traté de combatir sus sutilezas—. Sencillamente, una muchacha ha muerto, y es conducida a su panteón familiar. Una dama, su institutriz, la acompaña. Un accidente pudo alterar ese poste de la encrucijada. Un esfuerzo violento, quebró el eje y nos dejó a medio camino. La abadía, siempre estuvo allí. Un castillo, como cualquier otro lugar, puede sufrir un incendio súbito. ¿Ve algo sobrenatural en ello, tal vez?

—¿Sobrenatural? —Saint Cyr rió entre dientes, burlón—. Cielos, ¿quién dijo tal cosa, amigo Malone?

—No sé —dije, molesto—. Pensé que usted lo había sugerido.

—Yo nunca sugiero nada —cortó, glacial—. Sólo le hice una pregunta —meneó la cabeza, en sentido negativo—. Y su respuesta no me satisface en absoluto. No todo esto obedece al azar, estoy seguro.

—¿A qué, entonces? ¿Cree que el diablo estuvo realmente por aquí alguna vez? —me sentí sarcástico.

—El diablo, Malone, está siempre en todas partes —me rectificó, con tono helado—. Lo importante es eludirlo, si es que se puede…

Tras esas enigmáticas palabras, se apartó de mí. Atrás, volvió a tañer la campana solitaria de la capilla a la intemperie, en la Abadía de Korstenburg. Aunque sabía que era sólo la acción del viento, me produjo cierto desasosiego esta vez.

Pero finalmente, las ruinas del antiguo recinto religioso, ocupado por una Orden que invocó un día a Satanás y, por tal motivo perdió su alma y la protección de Dios, condenándose para la eternidad, quedaron definitivamente atrás, en la noche oscura, gélida, inclemente.

Delante nuestro, sólo era visible ya el fulgor apagado de un incendio lejano, en período de extinción definitiva. Una leve sombra almenada, la de un viejo castillo feudal, recortándose en una elevación, sobre ese resplandor difuso.

Pero antes, mucho antes de llegar a ese punto, se alzaba la mole maciza, oscura y sólida, de un edificio de empinado tejado, repleto de nieve. Un edificio de muro de maderos cruzados sobre la fachada. Maderos quemados por algún fuego lejano e inexplicable. De vidrios emplomados en las ventanas. Todo tenía allí aire medieval, como apartado del resto del mundo. Como un lugar

donde el tiempo se hubiera detenido para siempre…

—Mirad —dijo alguien—. Es el mesón…

Aunque la proximidad de un edificio para resguardarse de la intemperie, era todo un alivio, su apariencia no nos resultó amable. La nieve se apelotonaba alrededor, empujada por un viento helado e insistente, que silbaba como el aullido de un ser sobrenatural, a través de las llanuras nevadas.

Nos acercamos, decididos, en singular procesión. Un fanal delante, otro detrás… Dos débiles luces mortecinas, acompañando a cinco hombres, a una mujer… y a un féretro pesado, conteniendo el cuerpo de una muchacha joven.

El mesón estaba cercano. Inmediato ya. Como el madero flota en el océano, al alcance del náufrago exasperado. Antes de llegar a él, un nuevo poste sobresalía del alto nivel de la nieve, con algo más voluminoso encima, quizá una muestra, un tablón o cualquier otra cosa.

Mikolai, el húngaro, me había relevado para entonces en la conducción del féretro. El otro portador era Saint Cyr, que me pareció lo más semejante a un funcionario de pompas fúnebres en su desagradable oficio.

Me acerqué al poste de madera, para ver qué era aquello que mostraba arriba, macizo y pesado. Ya más cerca, pensé en una esfera de madera o de hierro, con algún indicativo. A cierta distancia, era lo que parecía.

Luego, cuando me detuvo delante, alcé los ojos, y miré al final del poste, que aparecía manchado en toda su vertical extensión con algo oscuro y goteante, ya seco, un auténtico escalofrío me convulsionó.

Por primera vez sentí miedo. Y asco. Y horror.

Ya sabía lo que remataba aquel poste en el sendero. Lo estaba viendo ante mí, a menos de media yarda.

Era una cabeza. Una cabeza humana, con la nieve acumulada sobre el cabello. Con los ojos desorbitados. Y con la sangre chorreando, seca y negruzca, por el poste todo, procedente del informe muñón desgarrado que era su cuello…

# CAPÍTULO IV

El vaso de vino me devolvió parte de mi ánimo. Aun así, extendí el recipiente de barro, tosco y grueso, al mesonero. Le apremié:

—Otro. Tengo sed —y al servirme, lo volví a apurar de un solo trago.

No me sentí mucho mejor. No era sólo el frío de la noche borrascosa lo que tenía que combatir. Dejé el vaso en la mesa. Me senté, mirando fijamente el fuego que chisporroteaba entre los gruesos leños enrojecidos. Un gato negro, lustroso y grande, me contempló con sus malignos ojos amarillos, acurrucado junto a un escabel. Siguió allí, cerrando sus párpados con somnolencia.

Crujió la madera del asiento, al situarse alguien junto a mí. A veces, Wyngarde protestaba sobre las condiciones de aquel viaje, como si aquello fuese un Parlamento, donde pudieran destituir como postillón al hombre llamado Gulay, que nos había llevado a esta situación con su error, y con la ayuda de un azar adverso.

Blair recomendaba calma, como siempre. Mikolai se quejaba de sueño, y Saint Cyr calentaba sus manos largas, pálidas y huesudas, al amor de la lumbre. Miré a mi lado. Era ella. Elke Vaal, la mujer de los ojos verdes. Se había bajado la caperuza negra de su atavío. Tenía cabellos de un extraño tono cobrizo, entre rubio de oro viejo y rojo de cobre hilado. Cabello largo, sedoso, suave.

—Ha sido horrible —musitó ahogadamente.

—¿Qué? —indagué—. ¿El viaje?

—No. Usted sabe que no me refiero a eso —dijo.

—Ya —la miré, pensativo—. Habla de… del poste.

—Sí.

—No debió mirar, señorita Vaal —comenté—. Yo traté de avisarla…

—Lo sé. Pero era tarde. No es que sea nuevo para mí, pero siempre pensé que esas viejas supersticiones habían terminado hace

años. Es lamentable que sigan prosperando. ¿Se imagina la cantidad de seres inocentes que pueden ser inmolados así, impunemente para su asesino?

—Chist —le recomendé en voz baja—. Recuerdo que… en este caso, es… nuestro anfitrión de esta noche. El dueño de este mesón, señorita Vaal…

—Lo sé muy bien. Es monstruoso. Decapitó a un hombre. Sólo para evitar que un espíritu del Mal invadiera su casa. Dicen que el que es decapitado en vida, no puede vivir después de muerto. ¿Conoce la leyenda de los *vurdalaks* rusos?

—Claro —afirmé—. Hombres-vampiros. Viven de la sangre de los vivos y convierten a éstos en vampiros, a su vez. Si se corta la cabeza a la víctima, antes de expirar, se evita que sea vampiro… de una vez por todas. Se le da eterno reposo. Pero eso es en Rusia, no en Austria o en Hungría.

—Igor es ruso —suspiró ella—. Igor Kolev, el mesonero… Tiene esas supersticiones. Es horrible, compréndalo. Ese pobre diablo, un mísero vagabundo… Se detuvo aquí, a pedir alimentos… Y ahora… su cuerpo reposa enterrado… sin cabeza. Y la cabeza se pudre ahí afuera, se congela, clavada de una estaca, como un trofeo guerrero…

El viento arrojó ramalazos de nieve contra los vidrios emplomados, de diversos colores. Ella se estremeció. Me hubiera gustado confortarla, pero no me atreví. Parecía demasiado distante. Y demasiado dueña de sí misma pese a su actual estado de ánimo.

—Igor ha dado su explicación —le recordé—. Le pidió sangre de pollo caliente… para beber. Eso hizo el vagabundo.

—Lo oí, cuando llegamos —ella me miró con aquellos tremendos ojos suyos, verdes y hondos como dos lagos—. No me convence. Hay quien, cuando se siente medio congelado por una larga permanencia en la nieve, pide cosas así. Dicen que hace reaccionar contra el peligro de congelación, contra el frío extremo… No es motivo para decapitar a un hombre…

—Cielos, claro que no —admití. Miré a los vidrios, que mostraban el azote del cierzo helado y de los espesos copos de nieve. No podía ver la cabeza clavada en el poste del sendero, pero la intuía fácilmente, con su cabello, escarchado de hielo, agitándose al aire, con sus ojos casi colgando en las órbitas, con la boca

convulsa, la lengua hinchada, el cuello desgarrado, hendido, sangrante, goteando negra sangre coagulada.

Igor Kolev, el mesonero ruso, se frotaba las manos junto al mostrador. Le oí hablar con Mikolai y Blair, en voz muy alta y estridente:

—Tengo sopa caliente… Y queso fundido… También puedo darles carne, tocino, verdura… Vino, cerveza, café…

—Sirva de todo —se entusiasmó el irlandés. Bostezó luego—. Tengo hambre. La cabeza de su amigo no me ha quitado el apetito, patrón.

—No era mi amigo —cortó Igor secamente—. Sólo un vagabundo endemoniado. Los hay en abundancia en las largas noches de invierno. Siempre fingen lo mismo. Piden, se lamentan… Comen, beben, les dejas dormir dentro de casa… y al final, te vuelven uno de ellos. Cuando despiertas, te han sacado toda la sangre de las venas. Y eres un *vurdalak*, como tu huésped…

—¿Cómo lo hizo, Igor? —preguntó Mikolai con cierta brusquedad.

—Cómo hice, ¿qué? —se volvió hacia él Igor, receloso.

—Cortarle la cabeza —sonrió el húngaro—. Fue un buen tajo. ¿Quizá… un hacha?

—Si —afirmó con frialdad el ruso—. Un hacha.

Nos miramos todos, excepto Mikolai, a quien aquello parecía divertido, no sé por qué. Incluso le oí reír de pronto, como si todo ello tuviera mucha gracia. Hasta Igor arrugó el ceño y, bajo sus negras e hirsutas cejas, contempló desabrido a su cliente.

—Y usted… ¿de qué se ríe ahora? —preguntó, molesto.

—Oh, de nada —el húngaro hizo un gesto elocuente—. Pensaba en lo curioso que es el destino de los humanos. Quizá en usted haya influido la vecindad de la abadía, Igor…

—¿La abadía? —el ruso pareció inquieto. Humedeció sus labios, nerviosamente, y se encaró con Mikolai, casi agresivo—. Eh, espere. ¿Qué quiere decir con todo eso?

—No, nada —suspiró el dormilón. Se encaminó a la larga mesa donde ya todos los demás estábamos acomodados. Añadió, haciendo crujir el largo banco, al acomodarse entre nosotros—: Estaba pensando en el hacha del Monje Rojo…

Afuera, hubo un largo y terrorífico aullido, que nos puso rígidos

a todos.

* * *

—¡Lobos! —maldijo entre dientes Ralph Wyngarde, mientras los disparos de Tamas Gulay, nuestro postillón, fusil en mano, hacían huir a los oscuros y feroces animales, con ahogados jadeos y aullidos de rabia—. Cada vez bajan más… y van más lejos.

Regresamos a la posada. Un animal peludo, de vello rojo y erecto, fue introducido en el local por Igor y Mikolai. Era la presa cazada por el cochero, en su primero y certero disparo contra las fieras.

Me senté de nuevo frente al fuego. Igor nos puso vino, mientras cargaba con el lobo hasta el fondo de la sala, explicando lo que haría con su piel y su cabeza. Imaginé que no sería peor que lo que hizo con un ser humano, un simple vagabundo, pocas horas antes.

Miré a Elke Vaal, que no se había movido del asiento, y parecía fascinada por las llamas que lamían los leños del hogar.

—¿En qué piensa? —pregunté—. ¿En el barón? ¿En Heidi? ¿En el incendio?

—No, en nada de eso —negó, desviando sus ojos desde el fuego hasta mí—. Pensaba en el hacha.

—¿El hacha?

—Sí. La del Monje Rojo.

—Oh, ya recuerdo —asentí—. Lo que hablaron antes aquí Igor y Mikolai. ¿Qué significa eso, exactamente? ¿Usted lo sabe, tal vez?

—Todo el mundo lo sabe aquí —afirmó ella, con tono grave—. Es algo terrible…

—¿Por qué?

—El Monje… Le llaman El Monje Rojo. O El Monje Sangriento.

—La cosa difiere poco. La sangre siempre es roja. ¿Quién es ese monje?

—Fue el más terrible carnicero de estas regiones. El monstruo humano más feroz que ha existido jamás.

—*¿Fue?* —mi pregunta tuvo mucho de burlona—. Entonces, ¿qué temer? Lo que ha sido, significa que *ya* no es. ¿Cuándo existió ese monje?

—En el Medievo. En el año 1180, poco antes de terminar Federico I, *Barbarroja*, su reinado en el Sacro Imperio Romano-Germánico, en vida del papa Juan XII.

—Uf… —sacudí la cabeza—. De eso hace ya mucho tiempo, señorita Vaal. Más de setecientos años. Son demasiados años, incluso para un monje cruel y sanguinario…

—El Monje Gösta no ha muerto —fue su sorprendente respuesta.

La miré, pestañeando. En ella, me resultaba rara esa frase absurda, referida a alguien que existió siete siglos atrás. Si es que hablaba de la misma persona, claro.

—Supongo que se refiere al mismo personaje. ¿El Monje Gösta es el Monje Rojo?

—Sí. El mismo.

—Y vivió hace siete siglos, ¿no?

—Exacto, sí.

—Cielos, no me dirá que ese tipo no murió ya sobradamente —dije, casi burlón.

—Aunque usted no lo crea… existe todavía. Su espíritu y su maldad son inmortales. Pactó con Satán. El diablo le hizo eterno, porque él simbolizaba el Mal. Él cambió a todos los caballeros monjes de la Abadía. Él convirtió una Orden religiosa y noble, caballeresca y digna, en un anatema constante, en un desafío contra Dios. Se entregaron a la corrupción, al vicio, a la crueldad y al odio. Torturaron doncellas, las ultrajaron en nombre de su amo y señor, Luzbel. Blasfemaron. Ensuciaron los muros de una humilde abadía con sangre y con perversidad. La maldición del Señor cayó sobre ellos, aniquilándoles. Pero el Monje Gösta sobrevivió. El aliento satánico brotaba de su boca. Era el discípulo predilecto del diablo. Cuando aquí se habla de «alguien» que quema las maderas y deja huellas infernales de su paso… no hablan del demonio hecho hombre, sino del hombre hecho demonio. Hablan de él. De Brude Gösta o Mönch Gösta, como quiera llamarle.[4]

—Usted lo dijo. Aquí, todo es leyenda. O lo parece. ¿No cree que esa historia entra de lleno en el terreno de lo imposible? —sonreí, conciliador.

—No, no lo creo —negó, mirándome con ojos de profunda congoja—. Usted no lo entiende. No puede entenderlo. No cree sino en aquello que ve, en lo que es tangible y lógico. Aquí, muchas cosas pierden su lógica. Otras muchas son intangibles, pero existen. Y cuando Igor habló del hacha… recordé los viejos sucesos. Especialmente, esta noche…

—¿Por qué especialmente esta noche? —quise saber—. ¿Por este lugar, por el viaje accidentado, por su ánimo, al acompañar a esa joven difunta…?

—No —rechazó—. Lo digo por el fuego en el castillo, por la adversidad que sufrimos, por el cambio misterioso del poste en la encrucijada en el sendero… Y por esa horrible cabeza humana, exhibida allá afuera como un trofeo espeluznante… Una mutilación hecha con un hacha, ¿entiende?

—No, no entiendo. Cortar la cabeza a un hombre, debe resultar difícil, con otro instrumento. ¿A qué se refiere, con exactitud?

—A que el Monje Gösta… enemigo mortal del primero de los barones de Korsten, el joven Hans… también utilizaba el hacha para sus ejecuciones. De ahí su nombre de Monje Sangriento… hasta que el joven Hans Korsten, con su propia arma, terminó aparentemente con él. Un día, cuando toda la familia Korsten había sido exterminada ferozmente por el Caballero y Monje entregado a Satanás, alegando que esposa e hijas eran hechiceras al servicio del diablo, y siendo ejecutadas por el propio Gösta en su patíbulo de la abadía… Hans Korsten sorprendió al Monje, lo derribó… y seccionó en el acto su cabeza, de un golpe de hacha certero. En ese momento, estalló una horrible tormenta, los demás caballeros de la Orden, entregados al diablo, persiguieron a Hans Korsten, y él terminó en el fondo del abismo donde ahora, el puente roto, no será jamás reconstruido, porque dicen que es el camino más directo para que el alma condenada del Monje maldito, cruce la distancia que le separa del castillo, y siga vengándose de todos los descendientes de la familia Korsten…

Hubo un profundo silencio. Platos de queso fundido, de sopa humeante y de carne adobada, iban llenando la mesa. El blanco y bien cocido pan, se deshacía en las ávidas manos de mis compañeros de viaje.

Yo no sentía apetito. No de alimentos, sino de informes, de

noticias. En aquel mundo alucinante, a caballo entre las sombras de lo ignorado y la luz de la razón, traté de saber algo más. Apremié a Elke Vaal, tratando de dominar sus emociones.

—¿Ésa es toda la historia? —indagué, grave el tono.

—Toda, sí. O casi toda —suspiró ella.

—Quedan muchos puntos oscuros. ¿Por qué se supone que ese Monje decapitado existe aún, tras siete siglos de su muerte?

—Porque ha sido visto —susurró ella.

—¿Qué? —enarqué las cejas, mirándola con asombro—. No creerá eso, ¿verdad?

—Aquí, usted mismo se acostumbrará también a creer en todo —sonrió ella fríamente—. No todo son leyendas. Yo… *Yo también he visto al Monje Gösta decapitado, señor Malone*.

* * *

La cena había sido copiosa, abundante. Y bien acogida, además.

La gente había llegado a olvidarse del viaje, de la diligencia, de la nieve que bloqueaba los senderos, de la inquietante zona en que nos encontrábamos, del féretro de Heidi Korsten, de la Abadía de los monjes entregados a prácticas satánicas, y hasta de la horripilante cabeza del mendigo, hincada en el poste del exterior, como un trofeo nauseabundo.

Casi ebrios, Ralph Wyngarde y Gerald Blair, los eternos adversarios escocés e irlandés, el impaciente y el tranquilo, cantaban y reían, con voz aguardentosa, cogidos del brazo, sin acordarse ya de Kitzbühel, nuestro punto de destino. Ni quizá de ninguna otra cosa en el mundo, salvo los vapores alcohólicos que invadían sus cerebros.

Kiril Mikolai, el húngaro, había terminado adormilándose, entre la buena cena caliente y el vino de fuerte graduación, que hacía bullir agradablemente la sangre en la gélida noche invernal. Gulay, el postillón, bebía y reía como un imbécil.

Sólo quedábamos tres personas en pie, realmente normales: Christopher Saint Cyr, el alto hombre enlutado, la hermosa Elke y yo.

Nos miramos al final de la cena, sobre nuestros potes de buen

café caliente. Igor retiraba en silencio los servicios, sin comentar nada, como si fuese un simple fantasma entre nosotros. Afuera, el viento y la nieve formaban un concierto inclemente y hosco. Más lejos, hambrientos, aullaban los lobos, quizá olfateando la sangre de aquella cabeza colgada allá afuera.

—Creo que es hora de descansar —dije, con un suspiro, abriendo la tapa de plata de mi reloj de bolsillo—. Son ya las diez y media, señores. Es posible que al amanecer, si se repara la avería, podamos continuar viaje. Cuando menos, nosotros. A usted será mejor que la llevemos en algún carromato de este mesonero, hasta la residencia de Korsten.

—Sigo intranquila —musitó ella—. Aquel incendio… Me dio miedo, no sé por qué…

—No tema nada —sonreí—. Un castillo, difícilmente puede arder.

—El fuego puede ser elemento purificador —comentó de repente Saint Cyr—. O arma de Satán, señorita Vaal. Es lo que dicen por aquí, ¿no es cierto?

—No habrá nada realmente purificado, en tanto no desaparezcan esas ruinas de la abadía, y con ellas el cementerio de los Caballeros Rojos. Y el Monje, por supuesto…

—¿El Monje? —Saint Cyr no parecía saber nada del asunto. Se lo conté a grandes rasgos, y se mostró vivamente interesado. En ningún momento capté en su rostro señal alguna de burla o de sarcasmo. Al terminar yo mi relato, se limitó a comentar con voz grave—: ¿Cómo… cómo vio usted a ese Monje decapitado, señorita Vaal? ¿Puede contarlo, o teme arrostrar las iras de los endemoniados hablando de todo ello?

—Yo no temo al demonio —dijo ella con sorprendente frialdad, irguiéndose en su asiento, y reflejando en sus verdes pupilas el fuego decadente, casi puro rescoldo, del hogar que teníamos enfrente, y que iba ya enfriando la caldeada atmósfera del mesón—. Nunca lo he temido.

—Hace mal —arrugó el ceño nuestro misterioso viajero enlutado —. El diablo siempre es de temer.

—También la muerte —suspiró ella—. Y no la temo.

—Es usted valerosa, ¿eh? —Saint Cyr enarcó maliciosamente sus finas cejas oscuras—. Siga, por favor. Aunque hay cosas que están

más allá de la propia muerte, si no las teme… díganos, por favor, cómo vio a ese fantástico ser, ese monje que perdió la vida hace tantos siglos…

—Se movía por las galerías del castillo del barón Korsten —explicó ella con frialdad—. Era una aparición horrible.

—¿Sin… *sin cabeza*? —murmuré, sobrecogido sin querer.

—Exacto. Sin cabeza. Sobre sus hombros, la caperuza mostraba sólo un vacío. Un extraño y alucinante vacío, mientras sus manos huesudas, esqueléticas, se alzaban hacia mí… Grité, grité horriblemente. A pesar de que no tengo nunca miedo, corrí, huyendo de esa abominable aparición. Su caperuza monacal, su hábito todo, oscuro y gastado, como carcomido por los siglos… aparecía bañado en sangre. Esa misma noche, moría Miklos.

—¿Miklos?

—Miklos Korsten, el hermano del actual barón, el mayorazgo. De él heredó el barón Maximilian Korsten el título y la fortuna. Ahora, él es el barón, dueño de las tierras y riquezas de la familia. Pero Heidi, su hija querida, está muerta. Yo la llevo conmigo. Todo porque huyó del lugar maldito, quiso vivir una vida diferente, lejos de ese horror. La maldición del Monje Gösta Hoffman, antiguo Caballero de la Orden que se vendió a las fuerzas del Mal, alcanza a todos los Korsten, desde que el joven Hans decapitó al Monje… Heidi ha muerto sin que nadie sepa de qué, vencida por una rara dolencia que la hacía gritar en sueños, ver alucinaciones espantosas, de sangre y de muerte, de cabezas rodantes… Hasta que en una crisis agonizó, sin remedio.

—Pudo ser un simple ataque cerebral —sugerí—. Acaso padecía de una dolencia mental mal atendida… Un tumor, o algo así.

—¿Es usted médico? —se sorprendió Elke, mirándome con expresión recelosa.

—Casi —reí entre dientes—. Soy biólogo.

—¿Biólogo? —se asombró Saint Cyr—. ¿Usted… entiende de la vida?

—Y de la muerte —suspiré—. Dejar de vivir es morir. Me interesa la vida de todo lo orgánico. Y también las razones por las que dejan de vivir. Lo de Heidi Korsten pudo ser un simple tumor cerebral.

—O la maldición, señor Malone —dijo Elke Vaal, pensativa.

—En biología, no se han admitido aún las maldiciones como posible parte de la vida humana —rechacé, irónico—. Pero le prometo hacer una tesis doctoral sobre ella, si realmente me lo llegan a demostrar aquí, en este lugar.

—No es sólo Heidi —murmuró Elke—. Ahora… Gunther y Frida han visto ya al Monje.

—¿Gunther? ¿Frida? —indagué, curioso—. ¿Quiénes son?

—El hijo único que le queda ya al barón. Y Frida, su esposa en segundas nupcias. La primera esposa, Vania…

—No me lo diga —la interrumpí, irónico—. Acabó decapitada…

—O poco menos —suspiró Elke Vaal con una sombría expresión en sus ojos—. Una enorme piedra, desprendida de un torreón de Korstenburg, cayó sobre su cabeza, aplastándola… justamente al día siguiente de la noche en que despertó, aterrorizada, jurando haber visto en su alcoba la silueta de un monje sin cabeza, manchado de sangre…

# CAPÍTULO V

No tuve pesadillas esa noche.

A pesar de todo, no tuve pesadillas. Y no porque durmiese acompañado, en una habitación con dos grandes camas, que compartía con Christopher Saint Cyr, el caballero enlutado.

Mi singular compañero se durmió pronto, y yo aún estuve despierto un tiempo, apurando mi pipa. Luego, me venció el sueño, y me acosté, tratando de pensar en la singular historia narrada por Elke Vaal, sobre el fantasma de la abadía en ruinas.

No pude pensar nada. A los dos minutos escasos, estaba profundamente dormido.

Mi sueño fue profundo, pesado, y sin obsesiones de ningún género. Ni siquiera el recuerdo de la horrible cabeza del exterior, en el poste, pudo inquietarme. Si mis amistades de Londres se hubieran enterado de eso, dirían que me había convertido en un ser extraño y sorprendente. O que el ambiente me estaba venciendo, hasta el punto de aceptar como válido todo lo que era ilógico y completamente fuera de lo normal.

Seguramente hubiera dormido hasta que fuese pleno día, para continuar el viaje, de no haber sido por aquello que interrumpió mi sueño en su mejor momento, cuando más profundo y reparador era.

El alarido, hizo en mí el efecto de un trallazo sobre la carne o de una jarra de agua helada, lanzada con fuerza contra mi rostro.

Me erguí en el lecho, saliendo de la oscuridad amable de mi sopor, para enfrentarme con la noche, sombría en el exterior, apenas dejando pasar, a través de los vidrios emplomados del viejo mesón, un poco de claridad, reflejo de la nieve en la campiña, que daba a la estancia un aire fantasmal.

—¿Qué sucede? —mascullé. Y, volviéndome al lecho vecino al mío, añadí, con sobresalto—: Saint Cyr, ¿ha oído eso?

Me quedé de una pieza. Saint Cyr no estaba. Me hallaba solo en

el amplio dormitorio.

Las sábanas estaban revueltas, pero de él, ni rastro. Me incorporé, saltando del lecho. Corrí a la puerta. Estaba cerrada herméticamente, lo cual hacía más rara la ausencia del enlutado viajero que era mi compañero de alcoba por aquella noche.

El grito…

Recordé el grito. Era femenino. Lo había lanzado una mujer. Pero no sabía adónde, exactamente. Quizá fuese afuera. Corrí a la ventana, la abrí…

Un ramalazo de gélido aire exterior, de nieve en copos menudos, me golpeó el rostro. Miré abajo. Ni siquiera vi a los lobos. La cabeza continuaba allí, en la estaca. La nieve lo cubría todo, densamente. Cada vez veía más difícil salir de allí.

El motivo del alarido de mujer seguía siendo un misterio para mí. En la distancia, llegué a vislumbrar, como un manchón siniestro sobre la nieve, las formas pétreas de la Abadía de los Caballeros Malditos.

El castillo de los Korsten, se perdía en la negrura de la noche, más distante. No había señal alguna de fuego. Alrededor, en apariencia, todo era calma.

Afuera, en el corredor, oí pasos, susurros, movimiento. Corrí a la puerta, decidido. Abrí, asomando con la vela de mi mesilla encendida.

Otras velas y lámparas bailoteaban por el corredor. Rostros demudados, somnolientos, eran como máscaras grotescas, colgando en la oscuridad, de acá para allá, en una absurda danza macabra. Reconocí a todos mis compañeros de viaje. Pero no vi a Saint Cyr por parte alguna.

—¿Oyeron eso? —pregunté al azar.

—¿Si lo oímos? —gimió Blair—. Helaba la sangre en las venas. Era un grito de muerte, algo horrible.

—Pero era de mujer… —señaló vacilante Wyngarde.

¡De mujer! Eso me hizo recordar algo, bruscamente, evaporando las últimas nieblas de mi sueño. Solamente había una mujer entre todos nosotros, bajo aquel techo que afirmaban estaba tan maldito como la abadía, el castillo, la encrucijada y un sinfín de cosas más en la región.

Elke Vaal…

—¡La señorita Vaal! —musité, con voz ronca—. ¿Dónde está? ¿Alguien la ha visto?

Movimientos negativos. Zozobra. No. Nadie la había visto. Blair, Wyngarde, Mikolai, Tamas Gulay, el postillón… E incluso el propio Igor, el mesonero, que subía perezosamente la escalera, arrastrando una pierna, quizá en una vieja cojera irremediable, difícil de advertir si no subía escalones.

—Ella duerme sola —señaló Igor—. Allí…

Fuimos hacia la puerta en cuestión. Aparecía cerrada. Me adelanté a todos, llamé con fuerza… No respondió nadie. Forcejeé con el pomo, tratando de violentarlo para entrar.

No hizo falta. Cedió con un chasquido. La puerta se abrió dócilmente. Había luz en la mesilla. Luz de una vela…

Pero ella no estaba tampoco allí. La cámara, de madera en sus muros, como todas las demás, de ventana de vidrios emplomados, herméticamente ajustada para impedir la entrada del viento y la nieve, aparecía desierta. La cama, removida. Pero sin rastro del cuerpo femenino que dejara una señal ostensible en su centro.

—Cielos, ¿qué está sucediendo aquí esta noche? —mascullé, con ira—. Saint Cyr tampoco está en mi alcoba…

Mikolai me miró, perplejo, con rara expresión. Le oí musitar roncamente:

—Tal vez el Monje pasó por aquí en esta noche, Malone…

La idea era grotesca, pero no me gustó. Casi logró hacerme estremecer de angustia. Y en ese momento, se me erizaron los cabellos de la nuca.

En alguna parte, la voz de mujer clamó, exasperada, rota, desgarradora:

—¡No, no. Señor! ¡Dios mío, protégeme! ¡El Monje! ¡El Monje Sangriento…! ¡Noooo…!

Y después, un alarido. Un alarido que helaba la sangre en las venas, realmente. Un alarido que lograba poner los pelos de punta y sacudir hasta la última fibra sensible de uno.

Además de eso, algo así como una extraña, lejana, susurrante y fantasmal carcajada. La risa de un ser demencial, perdiéndose en la noche, entre el aullido del viento y el azote hosco de la nieve…

—¡Abajo! —oí jadear a Igor—. ¡Es abajo, en los establos! ¡Donde… donde se almacenó el ataúd de Heidi Korsten…!

Y cayó de rodillas, persignándose, rezando y susurrando tonterías con voz de alucinado y expresión de idiota.

Yo miré a todos los demás. Y sin esperar a pedirles su opinión, corrí vertiginosamente hacia la planta baja, en busca de la explicación a aquel misterio.

* * *

—¡Señorita Vaal! —grité roncamente.

Ella se volvió a mí. Me miró, como enloquecida. A medio vestir, mostrando una pierna desnuda, un muslo largo y escultural, un seno juvenil y erecto, bajo los pliegues de una simple manta oscura…

Luego, con un largo sollozo, pronunciando palabras roncas que yo no entendía, sin duda en un lenguaje germánico difícil de interpretar, acaso un dialecto nativo, se precipitó contra mí, me abrazó, como desesperada, como buscando en mí la protección contra algo horripilante que estuviese agazapado allí, en las tinieblas del siniestro cobertizo.

La abracé, porque era algo instintivo, y porque supongo que era lo que ella esperaba realmente de mí. Además, a fin de cuentas, era una de las pocas tareas agradables a realizar allí. Sentí su palpitante calor contra mí, pero también el frío yerto de su rostro húmedo de llanto, la gelidez de mármol de su seno, de sus manos temblorosas.

—Allí… Allí… —sollozó ahogadamente, expresándose al fin en un alemán razonable y comprensible para mí. Su cabeza pelirroja señaló atrás, hacia alguna parte sombría en aquel establo—. Es… *¡es horrendo!*

—Cálmese, señorita Vaal —murmuré con voz sorda, que pretendía ser firme y llena de entereza—. Calme sus nervios, se lo ruego. No ocurre nada. Estoy aquí. Todos estamos aquí. ¿Qué vino a hacer a este sitio?

—Ni… ni yo misma lo sé… —jadeó—. Fue algo superior a mis fuerzas, a mí voluntad. Supe que… que *tenía* que bajar. Y bajé… Fue ahí, ahí mismo… ¡Si lo hubiera visto, Dios mío!

Miré. Nos rodeaban pilares de madera, un altillo con grano y sacos de harina, sal y otros productos necesarios para un largo y

crudo invierno en un sitio de difícil acceso. Abajo, los dos caballos de la diligencia, y otros dos de Igor Kolev, se agitaban, piafando inquietos, resoplando, sus belfos humeantes, sus ojos desorbitados, sus fosas nasales vibrando asustadas…

Más allá, entre paja y sacos de heno, había un abrevadero, entre sombras oscuras. Y algo más lejos, entre unos maderos cruzados… el féretro. El negro féretro de lujo de Heidi Korsten. La muda viajera de la diligencia.

Contemplé todo eso, sin dejar de abrazar fuertemente a Elke. Atrás, en la entrada, sin atreverse siquiera a pisar el recinto, Gulay, Wyngarde, Blair, Mikolai…

—Debe serenarse —aconsejé de nuevo, con energía. Incluso me atreví a besar levemente sus cabellos, a acariciarlos con mano ruda, que ella no rechazó en absoluto. Le insinué, cordial, afectuoso, tratando de no sobresaltarla más—: ¿Qué es lo que creyó ver, señorita Vaal?

—No, no es que… *creyera* ver algo. *¡Es que lo vi!* —protestó, con un gemido, dilatando sus verdes ojos fulgurantes, clavados en mí, entre aterrados y esperanzados—. ¡Era él, era él! ¿Lo entiende, Malone?

—Sí, lo entiendo —asentí—. Era él: el Monje Sangriento, ¿no?

—Sí, sí… —sollozó. Y bajó la cabeza—. Era él, lo juro…

—Bien, no se excite. Hable con serenidad. Acepto que vio al Monje. O a alguien parecido. ¿Qué hacía él aquí? ¿Qué puede hacer un espectro medieval, en el establo de una posada?

—Estaba… estaba inclinado sobre el féretro… Reía, reía extraña, huecamente… —gimió.

Apreté los labios. Sentí un estremecimiento aprensivo. *Reía, reía extraña, huecamente*… Recordé la risa aquélla. La que llegó poco antes, entre el viento y la nieve. Pero me dije que un decapitado no puede reír.

No tiene boca, ni labios, ni dientes. No, no puede reír un espectro sin cabeza…

No traté de razonarlo con ella. No sé si lo hubiera aceptado entonces, en su estado, en su crisis. Pero sí intenté contemporizar, hacerle ver lo absurdo de sus ideas.

—Vamos, vamos, señorita Vaal. Aunque fuese él… ¿qué podría hacer de malo aquí? Heidi… Heidi Korsten está muerta. Nadie

puede causarle ya daño alguno. En cuanto a usted… usted está aquí, con nosotros, conmigo… sana y salva. No tiene nada que temer…

—Malone, usted no podría entenderlo nunca —sollozó—. Era… era como si la pobre Heidi me hubiese llamado… Y en sueños, la oí, vine aquí… para percibir poco antes un extraño grito de mujer… Algo que me aterró, porque no hay aquí más mujeres que Heidi y yo… y ella… ella está muerta.

—¿Cómo? —me sorprendí—. ¿Ese grito, el inicial… no lo lanzó *usted*?

—No, no —negó ella, rotunda—. ¡No fui yo, lo juro! Malone, escuché el grito aquí dentro, corrí presurosa, asustada… y vi al horrible ser, a ese Monje de hábito sangrante, de oscuro vacío dentro de su caperuza monacal… apoyando sus manos huesudas, corrompidas, purulentas, sobre el féretro de Heidi… de la pobre niña Heidi…

—Veamos, Elke. Veamos todo esto de una vez por todas, para que se tranquilice —suspiré con firmeza. Me volví, dejando que Mikolai, el húngaro, tomara a Elke con mano firme. Yo caminé hacia el féretro—. Estoy seguro de que nada ha podido suceder…

—No, no… —la oí gimotear, angustiada—. No vaya… ¡No vaya!

Debía ir, y lo hice. Me detuve ante el féretro. Miré su superficie negra, lustrosa, de asas plateadas, macizas. Un ataúd de lujo. Pesado, sólido, casi bello. Me estremecí, sin poderlo evitar. Una rara aprensión erizó mis cabellos de nuevo.

Había algo…

Unas horribles huellas sobre la madera barnizada de negro… Huellas de dedos. Dedos huesudos, dedos extraños, como de esqueleto, pero dejando una humedad viscosa, de pus.

—El pus que rezuma un cadáver en descomposición… —susurré para mí, casi asustado.

Me encogí de hombros. Luché contra la superstición y los temores ridículos. No debía dejarme vencer por todo aquello. Un investigador en Biología, en los finales del siglo XIX, no puede dejarse impresionar por tonterías.

Observé que el cierre del féretro estaba suelto. Tal vez sin advertirlo, en su repentina crisis nerviosa, la propia Elke había manipulado la cerradura. Me asaltó una duda. O tal vez quise sólo

probarme a mí mismo.

Lo cierto es que, sin pensarlo mucho, tomé la tapa con ambas manos. Y la alcé.

El ataúd no ofreció problemas. Estaba abierto. Miré al interior, a su forro de raso rojo, en el que reposaba Heidi Korsten.

Una convulsión horrible me sacudió. Por primera vez, sentí algo más que miedo. Supe lo que era el terror.

Miré el cuerpo joven, adolescente… casi infantil. La criatura muerta, la joven Heidi, con sus diecinueve frescos años, vencida por algún mal no diagnosticado debidamente…

Era horrendo.

Lo que pudo ser una hermosa imagen apacible de la muerte, la visión de una doncella tristemente extinguida, como una bella y dulce Ofelia flotando en las aguas del río, tras el suicidio, era ahora una espantosa, increíble y repugnante visión de horror.

Ella yacía apacible, sus brazos cruzados sobre el pecho, ataviada de blanco sudario virginal, sonrosada, levemente cérea su piel. Pero sobre la almohada de raso rojo no había sino un hueco, la huella de una cabeza yacente…

*Sólo el hueco.*

Y debajo, el muñón horripilante de su cuello seccionado en forma brutal, desgarrado quizá por el filo salvaje de un hacha…

—¡Dios mío! —susurré—. ¡No tiene cabeza! ¡La han *decapitado*!

No debí decirlo. Elke Vaal lo oyó. Me miró con unos ojos desorbitados, con un rostro que era una lívida máscara de horror. Y gritó. Gritó roncamente, se tambaleó. Y terminó por caer en brazos de Kiril Mikolai, exánime.

En aquel preciso momento, afuera, en la noche nevada e inhóspita, sonó el cascabeleo de unos caballos, el rodar de un carruaje. Y algo más. Un alarido humano, y luego un grito desgarrador, espantoso:

—¡Cielos, no! ¡Es ella! *¡Es la cabeza de mi hija Heidi…!*

No sé si lo imaginé. Pero el viento y la nieve, fingieron una lejana, larga, demoníaca risa, acaso perdiéndose en las ruinas pétreas de una abadía marcada por el diablo…

# CAPÍTULO VI

Así conocí al barón Maximilian Korsten.

No puede decirse que fuese una ocasión idónea ni digna de celebrarse. Pero así le conocí, porque así ocurrieron las cosas aquella dantesca noche, perdidos en las nieves del Tirol, camino de Kitzbühel, en el oeste de Austria.

Creo que nunca, mientras viva, olvidaré aquel momento. Ni toda aquella noche, con su sucesión de acontecimientos espantosos, que habían culminado en la llegada imprevisible, a la posada que se decía marcada por Satán, del barón Korsten en persona.

Justamente cuando yo hacía mi atroz descubrimiento en el féretro abierto, cuando Elke se desvanecía, vencida por el horror del descubrimiento fúnebre… y cuando allá afuera, el propio barón se enfrentaba brutalmente al más delirante de los horrores.

La cabeza dorada y virginal de su propia hija, clavada donde antes estuviera la de un repulsivo y desdichado vagabundo, en un poste del sendero, frente a la posada maldita.

De ese modo entró el barón Korsten en mi vida. O yo en la suya, que tanto da.

* * *

Era un hombre incrédulo. Impresionante.

Me causó una profunda sensación apenas lo vislumbré, allá en la albura de la nieve, a la claridad de las lámparas de mis vecinos de alojamiento. Y también del fanal de fuerte luz amarillenta que colgaba del carruaje negro, tirado por cuatro vigorosos caballos, tan negros como el carruaje y como la noche suspendida sobre los campos nevados, ante la entrada del mesón.

Pero creo que mi primera mirada, lógicamente, fue para aquella

cabeza hermosa, horriblemente suspendida en el aire, hincada en un poste de madera, al aire sus dorados cabellos largos y lisos, la cérea palidez del semblante apacible de la muchacha muerta, casi convulsionada en un paroxismo de horror, más allá de la misma muerte, por la salvaje profanación del arcón funerario.

Retiré mis ojos espantados del despojo de la infeliz criatura. Miré a su padre que, despavorido, trémulo, exasperado, se aferraba al poste, contemplando aquella visión delirante, deseando alcanzarla con sus propias manos, cosa que quizá acabaría logrando, dada su enorme estatura.

Traté de contenerle, con voz sorda:

—No, barón, se lo ruego —dije, enérgico, moviéndome hacia él —. No lo haga. No usted. Trataremos de reparar esa infamia, se lo prometo…

—Usted… —se revolvió, mirándome con sus ojos llameantes—. ¿Quién es usted? ¿Qué hicieron con Heidi, con mi pobre hija?

—Sabemos tanto como usted, barón —hablé, calmoso—. Este horror nos ha sorprendido a todos. Está aquí Elke Vaal, que acompaña al féretro de su hija. Esa mutilación infame no tiene sentido. Buscamos a su autor…

—Tuvo que ser él… —jadeó el barón Maximilian Korsten—. ¿No lo entienden? Sólo pudo ser *él*…

Y miró en torno suyo, a las tinieblas de la noche, como buscando a aquel de quien hablaba con tal convicción. Y que yo empezaba a imaginar ya quién podía ser, aunque la razón me dijera que eso era imposible.

Otras personas viajaban en el carruaje negro, llegando de Korstenburg. Un hombre joven, alto, que descendía en ese momento del interior, y ayudaba a alguien, a una mujer, a bajar igualmente.

Pero yo, en particular, me sentí interesado en estudiar la figura majestuosa y dominadora del barón Maximilian.

Poseía un magnetismo evidente, una fuerza y personalidad arrolladoras. Muy alto, altísimo, posiblemente rebasando los dos metros. Largo cabello oscuro, muy largo, hasta caerle sobre los anchos hombros vigorosos, que cubrían las pieles grises de su larga chaqueta, negra y de piel, abotonada sobre el torso con correas. Botas altas, también negras, pantalón gris ceñido a sus largas piernas musculosas. Manos enguantadas, de fuertes y largos dedos,

en una de cuyas muñecas colgaba una corta tralla de cuero trenzado.

El rostro era largo, pálido, afilado, de halconada nariz, ojos rasgados, casi orientales de puro eslavos. Boca ancha, de labios sensuales, barbilla acentuada, con una barbita negra, recortada, que bordeaba su faz desde las patillas, y bigote de guías caídas, muy negro y lustroso.

El centelleo ardiente de sus ojos, la expresión profunda y dura de su faz, estaba ahora todo ello convulso, crispado por la horrible emoción del momento. En circunstancias normales, debía ser un hombre sereno, magnífico, poderoso y lleno de sangre fría y hasta de crueldad, si era preciso.

Ahora era un hombre azotado por la furia dolorosa de un instante amargo y cruel en su existencia. Perder una hija como Heidi, tenía que resultar una prueba difícil para un hombre. Pero encontrarse, además, con aquel cuadro alucinante, con aquella profanación del ser querido, todavía más. Muchísimo más…

No quise decirle nada. Ni tratar de confortarle con palabras adecuadas a la situación. A fin de cuentas, era de la clase de hombres, según imaginé, que no admitían tales alivios ni los agradecían.

Opté mejor por mirar a los demás viajeros del carruaje, y luego buscar con la mirada, en derredor, algún rastro del hombre desaparecido, el misterioso Christopher Saint Cyr, mi compañero de dormitorio. No lo vi por parte alguna. Ni tampoco huellas suyas o de algún otro en la blancura de la nieve.

Miré al hombre joven, alto, sin llegar ni mucho menos a la estatura formidable del barón Korsten. Miré a la dama a quien estaba ayudando a poner pie en la nieve. Ella miró un instante, sólo un instante, el espantoso trofeo del poste. Ocultó el rostro entre las manos, con un sollozo ronco. El joven apretó los puños, maldijo con ira, clavada su mirada en la bella cabecita rubia, perversamente ultrajada por algún ser lleno de toda la maldad del mundo. De éste, o de cualquier otro, situado más allá de lo humano.

—Gunther Korsten, ¿verdad? —pregunté, aunque era más bien una afirmación rotunda, que no esperaba sino ser confirmada.

Se volvió. Me miró fijamente. Asintió luego. Su parecido con el barón era notable, aunque no llevaba barba ni bigote, ni poseía la

personalidad y fuerza magnética de su padre.

—Sí —dijo, hosco—. ¿Quién es usted? ¿Quién ha sido el cerdo que cometió tal atropello? Juro que seré yo quien corte, con mis propias manos, la cabeza del canalla que se atrevió a ensañarse en el cadáver de mi pobre hermana de semejante modo…

—Nadie puede quitar la cabeza a quien ya no la tiene —sentenció la voz rota de la mujer alta, arrogante, de canoso cabello oscuro, que cubría su faz entre las manos—. Tuvo que ser él, hijo mío…

Miré a Frida Korsten, la segunda esposa del barón. Una mujer madura pero hermosa. Cuerpo espléndido, vigoroso, lleno de sensualidad. Vi sus ojos, al bajar ella las manos crispadas. No lloraba. Eran ojos duros, fríos, secos y brillantes, color celeste pálido. Su boca se apretaba, formando una dura línea recta. Eso era todo. Le temblaban algo las manos. Pero se mantenía serena.

—¡No creo en leyendas de aparecidos, madre! —replicó el hijo con ira. Se irguió, desenvainando de su cintura un estilete largo, de ancha hoja triangular, puntiaguda, centelleante y afiladísimo—. ¡Mataré sin vacilar al autor de esa infamia! ¡Lo juro ante mi querida Heidi!

—Calla. No digas insensateces. Lo que está muerto, no puede morir —sentenció ella de nuevo, con su rara forma de hablar, siempre enfática y rotunda.

—¡Los muertos no decapitan a los vivos, madre! —rugió Gunther, obstinado, convulso, con manchas de colérico carmín en su lívido semblante. Fue hacia su padre, y éste se volvió hacia él desolado, abiertas sus manos en patética actitud, sin haber podido tomar en ellas la rubia cabeza.

—Gunther, hijo mío —susurró con su voz poderosa, profunda, dominadora—. Frida tiene razón. Solamente *él* se atrevería a esto. No hay ningún ser vivo, ni el más ruin y cobarde, capaz de algo así contra una pobre criatura como Heidi. Él nos la arrebató primero. Él se venga así de todos nosotros, recordándonos la acción de Hans Korsten.

—Eso sucedió hace muchísimos años, padre. No puedo admitir que un espíritu vengador deambule por ahí durante siglos, abatiendo a toda una familia implacablemente. No creo en leyendas.

—Yo mismo he visto una vez a ese monje maldito, con su negro vacío bajo la caperuza —le dijo el barón con acritud—. Y Frida, tu segunda madre, también. Siempre que lo vimos, anunció terribles males. Miklos, Heidi… Esta noche, ese fuego que casi destruye nuestra mansión, tuvo también mucho de sobrenatural, estoy seguro.

—También lo estoy yo —aseguró Frida, con voz apagada.

—¡Yo, no! —era obcecado el joven Korsten. Y realista, poco dado a creer en cosas que no fueran de este mundo. Envainó su acero, haciendo rechinar los dientes al afirmar, con mandíbulas encajadas—: Yo demostraré alguna vez que no hay espíritus de ultratumba en todo lo que nos ocurre. Yo sé que todo ha de tener una explicación real, y que todo lo demás son supersticiones ridículas de estos lugares…

Su padre le contempló con expresión dura, de reproche. Se encogió finalmente de hombros, como desentendiéndose de la cuestión y negándose a discutir más con su hijo. En vez de ello, se enfrentó con nosotros, escudriñándonos uno a uno, recelosamente.

—¿Dónde está ella, Elke Vaal? —preguntó al fin.

—Dentro de la casa —informé—. Se desvaneció cuando… cuando abrimos el ataúd de su hija, barón.

—Lo comprendo —entornó los ojos, trémulo—. ¿Dijo algo?

—Afirmó haber visto al Monje —hablé con gravedad—. Nosotros no lo creímos, pero…

Padre e hijo se miraron, como dos combatientes. Tenían diferentes ideas, y no se convencían mutuamente con facilidad. El joven Gunther me escudriñó ahora, con hostilidad.

—¿Cuántos son ustedes? —se interesó el barón.

—Cinco viajeros y el postillón, aparte la propia señorita Vaal —informé—. Y el posadero Igor, naturalmente.

—¿Se perdieron acaso?

—Se rompió el eje de la rueda de nuestra diligencia.

—¿Diligencia? ¿La de Kitzbühel? Éste no es su camino… —arrugó el ceño, enarcando las cejas hasta parecer un remedo impresionante de Satanás.

—Lo sé. En el desvío sucedió algo. El cochero tomó la ruta equivocada. Dijo que eso no le había sucedido nunca con anterioridad. Cambiaron la posición del poste indicador.

—¿Hicieron eso? —se le nubló el rostro, profundamente serio y demudado—. No me gusta. *Teufelkreutzweg*… La Encrucijada del Diablo… En todo ello hay algo demoníaco, estoy seguro.

—Yo casi he llegado a estarlo —suspiré—. Nos han sucedido cosas demasiado extrañas esta noche.

—Nuestra idea era ir en busca de ustedes, a la encrucijada, buscar a partir de allí, pensando que la nevada no le habría dejado pasar de la parada de postas…

—El postillón lo intentó, pero hubiera sido en vano, aun no desviándonos. Badgastein era ya un punto inaccesible para nuestro carruaje —expliqué.

—El sendero está cada vez peor —habló el barón—. Por eso resolvimos parar aquí, esperar a ver qué sucedía. Tras el fuego del castillo, me sentía inquieto por el cuerpo de mi hija, por la propia Elke… Y veo que tenía razón para estarlo. Mi instinto, señor, no me engañó.

—Eso es evidente, barón. ¿Cómo se inició ese fuego en su castillo? Lo vimos antes de alcanzar la abadía.

—La abadía… —se estremeció, colérico, apretando los puños—. Bueno, resultó algo extraño. Un cortinaje prendió en la llama de un velón. Nunca había sucedido de ese modo. Acaso fue el viento, o acaso no. Pero empezaron a arder todos los cortinajes, los tapices, los muebles. Los muros de piedra resistieron. Cuando logramos sofocar el fuego entre todos, las pérdidas eran ya muy grandes. Hay habitaciones enteras, totalmente arrasadas.

Estábamos caminando hacia el interior del edificio. Cuidadosamente, envolviendo la rubia cabeza en linos grandes paños, Tamas Gulay, el postillón, e Igor Kolev, el fondista, habían logrado descolgar aquel trofeo dantesco, camino del establo, para reparar en lo posible el tétrico resultado de la profanación del ataúd y su contenido. Yo hablé, más para distraer al barón que porque tuviera ganas de decir algo. No era grato seguir con la mirada el redondo envoltorio que los hombres llevaban en sus manos…

—Barón Korsten, la señorita Vaal me habló de usted, de la maldición de los Caballeros Rojos, de Hans Korsten y del Monje Sangriento… —hablé, voluble—. ¿Cree de veras en la existencia de algo así?

—¿Usted no, señor? —me replicó con otra pregunta.

—Sinceramente… no.

—Entonces, sería inútil cuanto pretendiera decirle para convencer su escepticismo —se expresó con frialdad—. Sé lo que es no creer en algo, y que los demás traten de persuadirle a uno. Yo, antes, tampoco creía. Hasta que… hasta que lo vi.

—¿Al Monje?

—Sí, al Monje —se detuvo, en el vestíbulo amplio, junto al gran comedor de la planta baja del mesón. Me miró profundamente—. Señor, ¿tengo yo aspecto de loco, de necio o de fanático?

—Con la misma franqueza con que le respondí antes, le daré otra respuesta: no, barón. Me parece usted un hombre equilibrado, inteligente y serio.

—Gracias. Pues con todo eso… he visto al Monje. Sé que es una realidad fantástica, pero lo es. Puedo afirmarlo. Su espectro deambula, sin cabeza, desde el momento de su muerte. Es un alma condenada, que sólo conoce la maldad, el odio y la venganza. Mora en esa abadía, y de ella sale para destruir a los Korsten. Cuando el último de nosotros deje de existir, es posible que él regrese a la tumba de modo definitivo, no lo sé. O quizá siga causando daño por el mundo, puesto que solamente así sacia su perversión diabólica, su capacidad de odio y de afán de sangre, heredados del demoníaco amo a quien vendió su alma en vida como todos los demás Caballeros de la Orden de esa abadía.

—Sé todo eso. Elke Vaal lo ha contado. Un viajero húngaro de nuestra diligencia lo ha confirmado. Y el propio Igor. Sin embargo, barón… sólo podré creer en esa fábula cuando me vea cara a cara con ese monstruo de ultratumba.

—Dios quiera que nunca sea así —habló fervoroso. Y observé que, aunque no se persignaba, oprimía con fuerza entre sus dedos una cruz de metal, grande y pesada, que colgaba de una cadena en torno a su cuello—. Cuando se vea delante del Monje Sangriento, será sólo para sufrir en su propia persona la maldición de esa diabólica criatura. Algo, en suma, que no deseo a mí peor enemigo. Cuando menos, a un caballero extranjero que se ha preocupado de algún modo por mi pobre hija Heidi… Es usted inglés, ¿no es cierto?

—De Londres —asentí—. Pero no me ha sido posible hacer nada por su hija, aunque me hubiera gustado. Sólo he podido ser testigo

de ése nefando suceso, barón.

—Igor, sirve algo caliente —ordenó el barón, con tono autoritario, al mesonero—. A nosotros y a estos caballeros. Lo que ellos deseen tomar. Sentémonos, si no les importa, unos minutos. Luego podremos intentar descansar bajo este techo, si las fuerzas del Mal lo permiten. O si lo prefieren, puedo llevarles a mí castillo. El sendero es aún transitable. Y aun con las huellas del fuego, puedo ofrecerles mejor albergue que Igor en su caserón, y toda mi hospitalidad.

—No, gracias, barón —se apresuró a negar rotundamente Ralph Wyngarde, el escocés—. Total, para unas pocas horas, estaremos bien aquí. Mañana repararemos la rueda del carruaje, entre todos si es preciso, y reanudaremos la marcha hacia Kitzbühel…

—¿Mañana? —Korsten le contempló con profunda sorpresa, abriendo mucho sus rasgados y negrísimos ojos eslavos—. ¿Se ha vuelto loco, señor? ¿Espera seriamente continuar viaje mañana?

—Cielos, ¿cuándo, si no? —se impacientó el escocés, frunciendo el ceño—. ¡Sólo faltaría que pasáramos más tiempo en estos malditos lugares! Tengo necesidad urgente de hallarme en aquella ciudad, lo más tarde pasado mañana y…

—Postillón, ¿no les has dicho nada a estos caballeros sobre las posibilidades de continuar viaje? —se extrañó el noble caballero, volviéndose hacia Tamas Gulay, a quien sin duda conocía.

Gulay carraspeó, bajando la cabeza para desviar su mirada de la ojeada repentinamente grave y preocupada del alarmado escocés.

—Eh, amigo, desembuche… —masculló Wyngarde—. ¿Qué es lo que ha dicho el barón? ¿A qué se refiere?

—Bueno, no quise quitarles las ilusiones, pero… pero tal como nieva esta noche, y tal como se endurecerá con esta temperatura toda la nieve caída… creo que, como mínimo, aunque luzca fuerte el sol mañana, cosa nada probable… tenemos para dos o tres días de espera en este sitio.

—¡Dos o tres días! —aulló Wyngarde, descompuesto—. ¡Oh, no, eso no! ¡Eso no puede sucederme a mí, por todos los diablos!

—Pues le ha sucedido, amigo —sonreí—. Y a nosotros también. Creo que el cochero tiene toda la razón del mundo. Y también el barón al hacerlo notar así.

—¡Dos o tres días! —repitió, estupefacto, Wyngarde. Se mesó los

cabellos—. ¡Es horrible! ¡Mis negocios, mis clientes, mi trabajo…!

—Tendrán que esperar —suspiró el barón, calmoso—. Si no hay sol fuerte, la demora puede ser hasta de una semana, aunque no me gusta ser pesimista. Pero vale más que se preparen para lo peor. Cuanto antes resuelvan el problema, tanto mejor para todos, caballeros. Ahora, tomen algo caliente, y descansen. Mañana, si lo desean, les llevaré a mí residencia. Me sentiré honrado de considerarles huéspedes míos mientras dura su infortunio. Allí se podrán distraer más. Tengo una buena biblioteca, amplitud de terrenos para pasear, objetos de arte, cuadros, elementos históricos… Y además, procuraré que mis servidores repasen su carruaje del mejor modo posible. Apenas estén transitables los caminos a la ciudad, podrán reanudar su marcha, sin más problemas.

—Acepto encantado su hospitalidad, si ello no ha de ser para usted una molestia —dije, pensativo—. No me seduce en absoluto la idea de quedarme en esta posada una semana…

—Lo creo —casi sonreía el barón al decir eso, pese a la gravedad sombría de su rostro—. ¿Y los demás, qué opinan?

Algunos rechazaron su hospitalidad. Pero terminaron aceptándola, cuando la mayoría se inclinó por ir al castillo, alejándose lo más posible de las ruinas de la abadía, y también de la inquietante posada donde habíamos despertado bajo aquella horrible impresión. A nadie le pareció una buena idea quedarse solo con Igor, en su mesón.

—Bien, caballeros —suspiró el barón Korsten, satisfecho—. No hace falta hablar más. Y nada teman. La maldición del Monje Rojo me afecta sólo a mí. Ustedes nada tienen que temer de ese ser de ultratumba… mientras no traten de ayudarme en algo contra su poder maléfico. Entonces, sí. El que se hace amigo mío, es siempre su enemigo mortal. Recuérdenlo todos. Me gusta advertirles de los posibles riesgos con toda honradez.

—Yo no temo a nadie, y menos a aquellos que no pertenecen a mí mundo, por temibles que puedan ser —dije, pensativo—. No es ninguna baladronada, barón. Si me necesita, cuente conmigo. Incondicionalmente.

—Gracias, señor —me miró con fijeza. No supe si realmente le emocionaba mi oferta o le dejaba indiferente. Pero luego se irguió,

y añadió con sequedad—: Procuraré que ello no suceda. Por su propio bien, amigo mío.

Y se incorporó, caminando, con su taza de vino caliente entre las grandes manos enguantadas, hasta ponerse de cara a los rescoldos del fuego, avivados ahora por Igor con unos cuantos leños crepitantes, dándonos sus anchísimas, enormes, espaldas a todos.

El silencio se enseñoreó del salón todo. Bebimos en silencio los presentes. De pronto, la voz del joven Gunther sonó como un chirrido agrio e inesperado:

—Habló usted de *cinco* viajeros varones —dijo, tras fijar una mirada pensativa en Elke, que se sentaba, trémula aún, junto al fuego, ante una taza de leche humeante, mezclada con una bebida alcohólica como reactivo—. Yo sólo veo cuatro por ahora, señor. ¿Dónde está el quinto hombre de la diligencia?

La pregunta me la hacía a mí. Erguí la cabeza. Hubiera querido tener una respuesta, pero no era así. Me encogí de hombros.

—La verdad es que… no lo sé. Es mi compañero de habitación. Ya habían salido cuando yo abandoné mi lecho. No lo he visto aún.

—¿Ah, no? —el tono del joven Korsten era de recelo—. Resulta raro, ¿no cree?

—Tal vez pensó en andar por ahí —me encogí de hombros—. O habrá vuelto a la cama. Cada uno es libre de hacer lo que le parece, ¿no cree?

—Sí, pero en estas raras circunstancias… no parece una actitud muy lógica.

El joven Korsten no decía ninguna tontería. Personalmente, yo pensaba lo mismo. Me intrigaba Saint Cyr, aunque no quise comentarlo con los demás. Y cuanto más tardaba en aparecer tanta más preocupación sentía yo.

—Allá él —me encogí de hombros—. No soy su niñera.

—Yo tampoco —replicó Gunther—. Pero voy a comprobar si está arriba. ¿Qué habitación, señor?

—La puerta número tres —recordé, arrugando el ceño—. Pero no creo que deba usted… —No me hizo caso. Ni siquiera me escuchó. Abandonó con paso firme el comedor, subiendo la escalera de crujiente madera, hacia el piso alto. Su mano oprimía con fuerza la empuñadura de su estilete.

—Gunther es muy impulsivo… —dijo el barón, sin volverse.

—Mucho —asentí.

Frida Korsten, sentada ahora junto a Elke, tratando ambas mujeres de confortarse mutuamente, giró la cabeza, con inquietud. Miró a su esposo.

—Lo de Heidi le ha afectado con exceso —señaló—. Confío en que no cometa una locura por precipitarse en algo…

Regresó casi enseguida. Traía los ojos brillantes y la expresión crispada.

—No está —me dijo—. Todas las habitaciones están vacías.

Era justamente lo que esperaba. Miré en derredor. Sólo faltaba de allí el postillón, además de Igor. Sin duda estaban velando el cadáver de Heidi en el cobertizo. Me pregunté dónde diablos andaría metido Saint Cyr.

—Sé tanto como usted —dije—. Pero si no le ha sucedido algo, no puede tardar en volver.

—Ya —Gunther se acercó a mí, y se quedó parado delante mío, en pie—. ¿Qué tal clase de individuo es?

—Un belga, hijo de franceses. Viste de negro. Muy serio, muy reconcentrado. Parece un hombre perfectamente normal, y con nervios de acero. Nada le inmuta.

—No me gusta que no esté por aquí —insistió el joven Gunther.

—¿Qué diablos puede importarte eso a ti? —se irritó su padre, volviendo la cabeza a medias—. Deja a ese hombre en paz, Gunther.

—Papá, tú sólo buscas fantasmas, espectros y cosas de ultratumba —se exaltó su hijo, volviéndose hacia él—. Yo busco algo mucho más sólido: seres humanos, personas de carne y hueso. Alguien capaz de causarnos este daño. Cualquiera puede ser culpable.

—¿Un desconocido? ¿Por qué motivos? Gunther, estás empezando a desvariar.

—¡Yo le llamo desvariar a hablar de fantasmas, de aparecidos, de monjes salidos de sus tumbas, sin cabeza sobre los hombros! —aulló Gunther, enrojeciendo—. ¡Todo eso es una leyenda, una gran mentira sin sentido! ¡El Monje Sangriento no existe!

Se hizo un silencio profundo, tras su estallido colérico. Todos los rostros se fijaron en él, con expresión profundamente meditativa. Especialmente, el de Elke Vaal, muy pálido y contraído. Recordé que ella «sí» había visto recientemente al temible Decapitado.

—Lamento disentir de su opinión, joven —dijo la fría voz, a espaldas de Gunther—. Ese Monje «sí» existe. Acabo de verlo con mis propios ojos, de regreso a su abadía…

Nos volvimos todos, entre sorprendidos y sobresaltados.

Christopher Saint Cyr, alto, pálido, enlutado, estaba tranquilamente en pie, a la entrada del comedor. Traía nieve en sus hombros y sombrero. Y las manos enguantadas, con los guantes rotos, desgarrados, sangrantes…

Era él quien había hablado. Me levanté de un salto, y le señalé.

—Saint Cyr… Esas manos… ¿qué significan? ¿Qué le ha ocurrido?

—Fue al pretender impedir que la tumba de ese Monje se cerrase de nuevo tras él… —jadeó, con ojos brillantes y fríos—. Aferré la lápida, la extraña cruz pagana que adorna con sus hierros retorcidos esa sepultura… Pero pese a todo, la lápida cayó, y la cruz volvió a su sitio, cuando el Monje hubo entrado en su cripta… sin nada sobre sus hombros.

# CAPÍTULO VII

No hubo sol aquel amanecer tampoco.

Por el contrario, un turbulento cielo grisáceo, denso, plomizo, cubría la campiña nevada. Ya no caían copos de nieve. Pero el frío era muy intenso, y una dura costra de hielo se estaba formando en todas partes, haciendo más difícil aún cualquier idea de viajar.

Me acabé de asear, volviendo la cabeza hacia Saint Cyr, que lavaba sus manos cubiertas de surcos y arañazos, en la palangana de loza, llena de agua. Observé en su rostro las huellas de la falta de sueño. Tenía oscuras sombras en torno a los ojos, unas bolsas fláccidas bajo los párpados, y las comisuras de sus delgados labios, muy marcadas.

Estaba tan huraño y poco comunicativo como siempre. Yo no me sentía precisamente lleno de optimismo ni vitalidad, pero rompí el fuego, molesto por aquel silencio prolongado.

—¿Va a venir al castillo con nosotros? —indagué al fin.

—¿A Korstenburg? —preguntó él a su vez. Afirmó despacio, con un leve encogimiento de hombros—. ¿Por qué no? No puede haber muchos sitios peores que éste, ¿no cree?

—Ya no sé qué creer, Saint Cyr. Estoy en un mar de dudas y confusiones. Y no todas por causa del Monje o del barón… —suspiré, abriendo la ventana y respirando a pleno pulmón, sólo por unos momentos el frío aire matinal, que me hizo estremecer, aunque prestó un azote gélido a mí rostro, capaz de reconfortarme. Cerré de nuevo, añadiendo—: Usted es uno de los motivos de mis demás dudas.

—¿Yo? —Saint Cyr enarcó las cejas, secándose con gesto de dolor sus manos heridas—. ¿Por qué motivo, Malone?

—¿Cree que tengo pocos? Me despierto en plena noche, cuando alguien grita abajo, y veo que usted no está en la cama. Bajo, contemplo un hecho dantesco, atiendo a una mujer que sufre una

crisis nerviosa, y jura haber visto un espectro… y luego ocurre todo lo demás, incluida la llegada de los Korsten. En todo ese tiempo, usted brilla por su ausencia, sin que nadie sepa adónde pudo ir. De repente, se presenta, con sus manos heridas… y nos cuenta una historia que nos deja a todos anonadados, excepto al joven Gunther Korsten, que no creyó una sola palabra de ella.

—Hizo mal. Ese joven busca demasiadas explicaciones razonables a todo. Anoche he comprobado, Malone, que no todo tiene explicación en esta vida.

—Eso me recuerda algo —suspiré—. Un ilustre compatriota mío puso palabras parecidas en labios de un personaje de una de sus tragedias…

—Horacio, en *Hamlet*[5] —refunfuñó de mala gana Saint Cyr—. No estoy recitando a Shakespeare, Malone. Sencillamente, he visto lo que digo. Lo crean o no. Yo no soy un iluso ni un visionario. No creo en ciertas cosas. Pero sí creo en lo que veo y toco. Juro que cuando aferraba aquella losa, aquella extraña luz de cuatro brazos diferentes, rematada en un símbolo cabalístico forjado en hierro, una fuerza superior a la humana la hacía bajar, ajustarse, acoplarse, dejando el cementerio de los caballeros-monjes medievales, tal como estaba antes de salir de su tumba el Monje Sangriento.

—Me gustaría saber lo que sucedió. Y cómo se le ocurrió a usted irse hasta la vieja abadía, Saint Cyr.

—Es largo de contar. Y tal vez no le interese eso a usted ni a nadie —se mostró el belga algo seco al hablar de ello—. Pero lo cierto es que vi moverse una extraña figura por la nieve. La seguí, fascinado. Era la de un monje de indumentaria de guerrero medieval, y capa y caperuza de monje, así como estameña de igual aspecto. Todo ello viejo, desgarrado, sucio de sangre. Sangre oscurecida y seca, sangre por todas partes… Logré seguirlo hasta las ruinas de la abadía, sin que se volviera una sola vez a contemplarme, sin que pareciera advertir que era vigilado. Cuando se perdió entre los arcos del claustro casi derruido, me desorientó. Y me costó encontrarlo, más allá de los muros a medio caer de un antiguo jardín, convertido con el tiempo en cementerio propio de los miembros de aquella Orden que, según los inquisidores, se vendió al diablo. Casi me di de cara con él, Malone…

Resopló, enjugándose el sudor con la manga de su camisa, al

recordar aquello. Nunca le había visto tan impresionado, a lo largo de todo aquel viaje.

—¿Le vio usted de frente, Saint Cyr? —pregunté.

—Sí, Malone. De frente. No se puede decir cara a cara, porque… *no tenía* cara. No tenía nada. Los pliegues de su caperuza, caían sobre el vacío. Un negro vacío sin cabeza… Me sentí osado en ese momento, y le descargué un golpe en la capucha, dispuesto a todo. La tela cayó sobre los hombros. Eso fue todo. Dentro, como imaginara, no había nada. No tenía cabeza. Sólo un muñón sangrante, desgarrado, emergiendo. Las arterias hendidas, la carne y los huesos triturados por el filo de un hacha terrible…

Paseó por la estancia, mientras yo le escuchaba, impresionado.

—Es algo que nunca podré olvidar. En vez de enfrentarse a mí y atacarme, giró sobre sí mismo, pasó por mi lado sin inmutarse. Y aquel cuerpo envuelto en un hábito sangrante, se perdió entre las viejas columnas románicas, sobre pilares compuestos, mientras yo no atinaba a hacer ni decir nada. Luego, cuando corrí de nuevo en busca del siniestro ser, sólo observé cómo temblaba una vieja lápida en tierra, cómo una cruz se movía sola, hincándose en la tierra del sepulcro… Corrí allá, leí borrosamente el nombre de *Ritter Mönch Gösta*, sobre la piedra ya gastada, y unas cifras del
siglo XII
… Traté con todas mis fuerzas de detener la lápida, de sujetar la cruz. Pero fue inútil. Se acopló todo, como si una fuerza titánica, sobrehumana, accionara todo aquello inexorablemente.

—Y tal vez fue así —murmuré. Repetí para mí el nombre alemán: *Ritter Mönch Gösta*… Caballero Monje Gösta… Es él. Gösta Hoffman, el decapitado por Hans Korsten… Un historia increíble, alucinante… Siempre pensé como el joven Gunther: que todo era pura imaginación de las gentes, supersticiones eslavas…

—Es un error querer darle explicación racional a todo esto. Hay *algo* aquí, Malone. Algo siniestro, irreal… Algo que está más allá de toda explicación. Algo que no pertenece a este mundo. Regresé aquí a la carrera. Jamás he corrido una milla larga como ésa con mayor rapidez, pese a la nevada. No sé si para combatir el frío que atería mis miembros… o el hielo que aprisionaba mi corazón y mi mente.

Asentí, en silencio, tras escuchar su relato. Era ciertamente estremecedor aquello. Y Saint Cyr era la persona menos

impresionable y dada a creer en leyendas que yo había visto, o no entendía nada de los seres humanos. Biológicamente, yo sabía que todo aquello era imposible. Un hombre decapitado no puede andar por ahí normalmente. Y menos si lleva setecientos años, o más, en su sepultura. Pero ¿lo explicaba todo la Biología? ¿Era suficiente la ciencia para razonar cuanto nos ocurre en el mundo?

—Heidi va a ser enterrada hoy en el cementerio de Korstenburg —comenté, tras la incómoda pausa—. Espero que con eso se den por terminados todos los sucesos extraños que estamos viviendo…

—Yo no estaría muy seguro de eso, Malone —habló Saint Cyr, poniéndose su negra levita, que abotonó dificultosamente con sus dedos heridos—. Yo, ahora, no estaría seguro de nada… Cualquier cosa puede sucedernos. Aquí, o en el castillo del barón Korsten… Y ninguna de ellas será buena…

* * *

Ya estaba hecho.

Heidi reposaba en tierra sagrada. No había cura en Korstenburg, pero el barón me explicó que el suelo había sido bendecido por un sacerdote de Innsbruck, años atrás, y regado con agua bendita. En la entrada al recinto mortuorio, una enorme cruz forjada en hierro cubría las puertas y las verjas, repitiéndose constantemente, como una tácita defensa contra los poderes de las Tinieblas.

Otra cruz, ésta de piedra blanca, reposó pronto en la cabecera de la sepultura. El nombre de Heidi figuraba en ella, con la fecha de su fallecimiento. Oramos todos, rodeando la tumba, cuando el viejo siervo del castillo, convertido en sepulturero ocasional, hubo terminado su tarea. Creo que Heidi no pudo soñar nunca con que en el castillo paterno, tantas personas, y desconocidas para ella, además, estuvieran presentes en su funeral.

Bajo el cielo plomizo y lúgubre, agitadas nuestras ropas por el frío viento helado, regresamos al interior del castillo.

Era un viejo recinto feudal, recuerdo de viejos tiempos de esplendor guerrero en las Germanías medievales, Cuando reyes y papas combatíanse mutuamente, como enemigos irreconciliables, movidos por sus respectivas ambiciones. Por entonces, güelfos y

gibelinos, o partidarios del Papa y del emperador
Federico I
, se enzarzaban en sangrientas luchas de años y años de duración. Y Alemania, Austria y otros imperios, se desmembraban en condados o ducados diversos, bávaros o sajones, suavios o franconianos…

La eterna historia de la Europa de la Edad Media, con su sangre, sus luchas intestinas, sus intereses y sus fuerzas desatadas. Aquel castillo, entre románico y gótico, montículo de grises piedras sólidas asentadas en la elevación o promontorio tirolés, frente a la brumosa visión de las cumbres alpinas, era como un recuerdo vivo de aquellos remotos tiempos. Una herencia familiar de siglos. Igual que los blasones, los cuadros familiares, los gallardetes y los escudos, las armas y las corazas en los lóbregos corredores del gran recinto sombrío, solamente iluminado en sus galerías pétreas por la luz diurna que se filtraba por los largos y angostos ventanales de arco gótico, o por los hachones resinosos y los velones con soporte dorado y viejo, en las rinconeras tétricas del lugar.

Me parecía vivir en otros tiempos. Como si todo hubiera dado marcha atrás y yo me hubiese sumergido en un alucinante pasado que me agobiaba.

Allí dentro, si que todo parecía posible. Especialmente, todo lo que no fuese de este mundo. Era sorprendente cómo el joven Gunther mantenía firmes sus ideas razonables y materialistas, en aquel ambiente. Tal vez la lectura, el estudio y la cultura, habían abierto sus ojos a todo lo que tuviera explicación racional, pero no a todo lo demás.

Y sin embargo…

Sin embargo, yo me preguntaba si todo podía explicarse. O la vieja abadía, cuyas ruinas eran visibles desde las plantas altas del castillo, allá en la blancura nítida de los campos nevados, guardaba realmente un terrible secreto de odios y crueldades que iban más allá de la muerte, de auténticos seres entregados al culto satánico, y por ello amos de la vida y de la muerte, al servicio del Mal.

El regreso al castillo fue forzosamente triste, pese a cuanto intentaba el barón por distraernos. El cuerpo de Heidi, completo, reposaba ya en tierra sagrada. La bárbara mutilación se había paliado en lo posible, reintegrando los dorados cabellos a su lecho de raso rojo, de donde nunca debió salir.

Pero ¿cerraba eso los horrores de aquella noche, los de la historia toda de la familia Korsten, maldita desde un lejano día del siglo XII, en que un hombre fuerte y un hacha, pretendieron hacer justicia en un siervo del diablo?

La respuesta a esa pregunta, no existía. Aún no. Me pregunté si tardaría en llegar, para bien o para mal. Gunther continuaba recelando de Saint Cyr, aunque no hubo incidentes entre ambos. Wyngarde se quejaba de aquella demora interminable en el viaje, Mikolai bostezaba con frecuencia, adormilándose en cualquier parte, y el irlandés Gerald Blair se limitaba a mirar curiosamente todo cuanto veía en torno suyo, sin revelar nunca impaciencia o disgusto.

Gulay, el postillón, se había ofrecido a ayudar al servicio del castillo, no demasiado numeroso, compuesto sólo por tres mujeres en las cocinas y otros tres hombres para todo el recinto y los huertos adyacentes, propiedad del barón también. Korsten aceptó complacido esa ayuda, y le envió con el servicio, reduciendo a seis el número de huéspedes efectivos, incluida Elke Vaal, a quien consideraban más como una amiga o un familiar que como a una institutriz de la joven difunta.

Me aparté de todos, encaminándome al ala del castillo que daba directamente hacia la llanura donde, como dos manchas oscuras, eran visibles la posada de Igor y la Abadía de los Caballeros Rojos. Lo último que oí comentar, fue al barón Maximilian Korsten, refiriéndose al mucho trabajo que debía realizar su más fiel y eficaz servidor, a quien no lograba encontrar desde su llegada.

Caminé por los largos corredores, húmedos y fríos. Mis pasos resonaban en las piedras como un redoble hueco y profundo. Mis ojos se fijaron en la distante abadía, parándome delante de uno de los largos ventanales que, desde casi el suelo hasta la bóveda, se abrían angostos en los muros. Las aberturas de los recintos medievales eran siempre estrechas, para evitar que, en los tiempos de tan frecuentes guerras, los objetos contundentes del exterior, pudieran llegar a penetrar fácilmente dentro de la fortaleza.

La abadía…

Estudié aquel lugar a distancia. Estaba tentado de pedir al barón un caballo, en cualquier momento, y dirigirme allí, a investigar.

Ardía en deseos de recorrer el cementerio de los monjes, de comprobar si el decapitado yacía aún en su cripta… En mí, podía más la curiosidad que el temor. No renunciaría a visitar la abadía, aunque fuese a la luz diurna.

La distancia entre las ruinas y el castillo, era demasiado grande para que, con cierta frecuencia, alguien recorriese ese trecho en ida y vuelta. Pero si *ese* alguien no pertenecía a este mundo, la cosa se explicaba mejor.

Mi razón seguía rebelándose a todo eso, pero ¿qué otra explicación podía dar a la historia de Christopher Saint Cyr, admitiendo que fuese cierta, y yo no tenía duda alguna sobre ese particular?

Estaba tan abstraído en la contemplación de aquel paisaje, entre hermoso y terrible, con toda su extraña carga de siniestros matices, que cuando quise darme cuenta de que tenía a alguien a mis espaldas, esa persona estaba ya tan cerca, que su sombra, en las grandes losas de piedra del suelo, se confundía con la mía.

Me volví, esperando ver a alguno de mis compañeros de viaje o a mis anfitriones castellanos.

Por primera vez en mi vida, emití un grito horrorizado cuando me vi cara a cara con el monstruo.

***

El monstruo…

Estaba allí, ante mí. Mirándome con sus ojos horribles… Como un auténtico sapo humano. Su presencia me causó tal sorpresa e inquietud, que estuve a punto de precipitarme sobre él y arrojarlo desde el ventanal abajo, sin vacilar lo más mínimo.

Pero él no me atacaba. Se limitaba a contemplarme largamente, de modo malévolo. Su cabezón enorme, rapado bajo la caperuza de estameña negra, pesaba demasiado para sostenerlo fácilmente sobre los hombros. El resultado era que su cabeza monstruosa colgaba a un lado con aspecto de subnormal.

Sus ojos saltones apenas si tenían color, de puro claros. El rostro era deforme, rugoso, imberbe. No mediría más de tres pies y medio[6], y tenía sus piernas arqueadas, el cuerpo demasiado

grande, y las extremidades increíblemente cortas. Vestía todo él de rojo violento, y su boca torcida sonreía estúpidamente.

Era el ser más feo y repugnante que jamás había visto en toda mi vida.

Pero mis temores se evaporaron cuando sonó su voz, dura, pero servicial, brotando a borbotones de sus labios babeantes:

—Buenos días, señor. Lamento haberle alarmado. Y comprendo su expresión. Creí que el barón habría hablado a todos de mí, para evitar sorpresas desagradables.

—¿De usted? No sé si habló —dije, dominándome—. Si lo hizo, no lo advertí.

—Soy su criado de confianza, señor —me explicó, bajando el cabezón pesadamente—. Me llamo Gargol.

—¿Gargol? Extraño nombre…

—Me lo puso el señor Miklos, el mayorazgo de los Korsten. Luego, al morir él, pasé al servicio del nuevo barón, el señor Maximilian —me informó—. Y he seguido con él. Dicen que me va bien, porque soy feo y deforme como una gárgola…

—Bueno, la fealdad de los humanos está muchas veces en su interior —traté de suavizar la situación—. En Inglaterra tenemos las cárceles llenas de encantadores, elegantes y bien parecidos criminales, mientras que muchos tipos raros disfrutan de libertad y estimación por su honradez y corrección. De modo que no todo es tan malo, Gargol.

—No dije que lo fuese —sonrió el monstruoso tipo, digno de figurar como bufón del señor feudal de turno, en otros tiempos de los que nos separaban siglos enteros—. Sólo que mi primera impresión es lamentable, y dura bastante tiempo en quien no me conoce. Sin embargo, le garantizo que en mí tienen todos cuantos estén en este recinto, un fiel amigo y servidor, señor…

—Malone. Víctor Malone, de Londres. Perdone mi reacción de antes. Ahora, ya nos conocemos mejor. Y espero que sea sólo el principio, Gargol —y al decir esto, estreché con calor la mano del enano.

El feo, deforme servidor, me sonrió, animoso, y correspondió a mí saludo con una fuerte presión de su mano en la mía. Luego, se alejó por el pétreo, lúgubre corredor, como un ente de pesadilla que volviera a su reducto de siglos, perdido en el polvo del pasado.

Le seguí con la mirada. Me pregunté cómo podía un hombre así, ganarse la total confianza de una persona como Maximilian Korsten. Quizá porque el enano era realmente fiel y eficiente. O porque la presencia física del desdichado, se complementaba con el ámbito mismo del recinto almenado.

Todo allí era remoto, casi espectral. Como si alguien más que el decapitado estuviera deambulando por un tiempo que no era el suyo, por un mundo que ya no le pertenecía.

Repentinamente, tuve la impresión de que me hallaba en ese mundo lejano, trasplantado en el tiempo, hacia un ambiente polvoriento y sombrío, hecho de supersticiones, terrores religiosos, fanatismos, alquimia y diabolismo, culto a la muerte y a las fuerzas de la Oscuridad… en una época oscura y terrible como la Edad Media, en que los romances caballerescos hablaban de sangre, de muerte, de peste y de ruina, y un monje que servía a Dios, podía abjurar luego y servir al diablo. Un tiempo en que, tal vez, había sido cierto que el mismo Satanás anduvo entre los hombres, para aprovecharse de su estúpido terror ciego, de su torpe superstición, de su ignorancia y de su mala fe.

Tuve que sacudir la cabeza, disgustado, incómodo, para recordar, al recibir desde el ventanal un soplo gélido del viento matinal que agitaba la nieve en las arboledas y alisaba el hielo en los suelos intransitables, que estaba en las postrimerías del siglo XIX, al final de una época brillante, y en los inicios de otra quizá mejor que ninguna otra. Y recordar que, aunque deambulasen en torno mío hachas sangrantes, monjes endemoniados y seres de ultratumba, entre telarañas, polvo y hierro oxidado, yo era un ser vivo, perteneciente a un mundo muy distinto. Y dispuesto a enfrentarme con lo que fuese. Incluso con el propio Monje Sangriento.

Regresé al salón amplio que era centro y nudo vital del castillo, entre tapices que mostraban lamentables huellas del fuego de la noche anterior. Allí estaban solamente Frida y Elke Vaal. Las dos mujeres se volvieron a mirarme. Elke me sonrió dulcemente. Sus verdes ojos lo eran más que nunca. También más profundos. Y, por supuesto, más tristes.

La esposa de Maximilian Korsten, se puso solícita en su papel de

anfitriona nuestra.

Incorporándose, se acercó a mí risueñamente.

—¿Puedo servirle en algo, señor Malone? —se ofreció.

La miré. Caminaba majestuosa, arrogante. Vestía ropas largas, y parecía haberse escapado de uno de aquellos tapices policromos, de grabados ingenuos y planos, propios del románico. Era toda una dama feudal, hermosa y llena de seducción.

—No, gracias, señora —suspiré, moviendo la cabeza, negativo—. Simplemente, paseaba por el castillo.

—Supongo que le gustará. Ustedes, los ingleses, son siempre muy amantes de las tradiciones, ¿no es cierto?

—Sí. Siempre que sean sólo tradiciones, señora… —susurré, irónico.

—¿Qué quiere decir? —me miró, con un arco dibujándose entre sus finas cejas oscuras.

—Bueno, a Oscar Wilde le divierte hablar de fantasmas en Canterbury, por ejemplo. Pero un castillo con fantasmas es siempre molesto. Aquí… aquí parece que el pasado es algo más que simple tradición, señora. A veces, da la impresión de que los relojes de la vida se pararon todos hace siete siglos en Korstenburg.

—Tal vez fue así —murmuró ella, bajando la cabeza—. A Max le encanta vivir en el pasado y evocar los viejos tiempos de los Korsten, cuando eran amos y señores de vidas y haciendas. Pero como usted dice, todo eso sólo es tradición. De ese viejo esplendor, no queda mucho. Ni siquiera dinero.

—El barón parece un hombre próspero…

—Lo parece, solamente —suspiró, con amargura. Me miró. Elke Vaal parecía incómoda—. Luego, está ese horrible hombrecillo… Será todo lo fiel que quieran, pero logra descomponer mis nervios…

—¿Gargol? —sonreí—. Acabo de conocerle…

—Supongo que le habrá dado un buen susto.

—No ha sido una impresión agradable, pero luego me ha parecido mejor de lo que la primera impresión hacía suponer, señora.

—Eso no importa. Yo no tendría a un enano así a mí servicio. Jamás. Creo que la maldición pesa sobre nosotros por culpa de Max. Debería vender esto, irse a cualquier otro sitio a vivir. Tal vez así, Heidi viviría ahora. Ella quiso ser diferente… y no pudo lograr su

sueño de evadirse de estas ruinas del medievo que tanto influyen en nosotros, en nuestra vida, en nuestra mentalidad…

—¿También en la de su hijo?

—¿En Gunther? —ella se encogió de hombros—. Sí. Me temo que también acabe con él un día, si antes no nos vamos de aquí para siempre… o se nos lleva el espíritu del Monje decapitado.

Y abandonó bruscamente el salón, murmurando una excusa entre dientes al salir. Me quedé mirándola, mientras se perdía por uno de los largos y tétricos corredores. Luego, muy despacio, me volví a Elke Vaal. La joven institutriz desvió los ojos, inquieta.

—No me gusta esto —confesé con voz ronca.

—Puede marcharse. Nadie le obligará a continuar aquí —me respondió ella, seca.

—No me refería a eso. Ni a mí, en concreto. Quiero decir que no me gustan las cosas de este castillo, de esta región… Es como empeñarse en que todo ocurra tal como está ocurriendo.

—¿Cree que el barón tiene la culpa de todo?

—De todo, no sé. Pero sí de algo. Heidi se sacrificó ya en esto. Al final, serán todos: Gunther, la señora Korsten… Opino como ella. Lejos de aquí, esas leyendas y maldiciones no tendrían la misma fuerza e influencia, ni aunque fuesen totalmente ciertas.

—Las fuerzas del Mal están en todas partes —sentenció Elke—. Y su largo brazo puede alcanzarnos siempre, estemos donde estemos.

—Es posible. Pero si nos quedamos a su lado, todo será más fácil… —sacudí la cabeza, de nuevo—. No sé. Quisiera equivocarme, pero hay aquí algo que no me gusta. No sé qué es, pero… no me gusta.

Elke me miró en silencio. Se puso en pie. Se alejó, con una disculpa, y me quedé solo. Pensativo, preocupado. Quizá empezando a sentir la nociva influencia de aquella atmósfera densa e inquietante que, sin duda, lo sería mucho más cuando llegara la noche.

Pensar en eso, en la noche, me dio un escalofrío.

Creo que por vez primera, algo me daba miedo. Y no sabía siquiera lo que era.

# CAPÍTULO VIII

La noche…

Fue un extraño y brusco cambio aquél. El clima mejoró, en cierto modo. Se quitó el frío de la noche y el día anterior. Pero siguió nublado, y comenzó a llover ligeramente. Era agua fría, gélida. Pero agua, no nieve.

El entusiasmo de Wyngarde fue enorme. Se acercó palmoteando, y los velones proyectaron su sombra grotescamente, contra los tapices chamuscados.

—¡Es magnífico, Malone! —me dijo—. ¡Si llueve lo suficiente, derretirá la nieve, y mañana podremos reanudar el viaje!

—Sí, es muy posible —admití, oyendo batir la lluvia afuera, tras las vidrieras emplomadas del castillo. Hubo un centelleo repentino, que alumbró la noche. Y un trueno lejano—. Vaya, tenemos tormenta y todo…

La cena fue fría y poco animada. La tempestad se fue acercando, y pronto los truenos hicieron estremecer las vidrieras y hasta las piedras del castillo, dificultando la charla. Algunas ráfagas de aire, corrientes en el vasto y destartalado lugar, agitaban las llamas de velones y de hachones resinosos, haciendo bailotear las sombras humanas extrañamente, sobre los muros de piedra, como en un extraño aquelarre.

—Cuando menos, esta noche no creo que haya aparecidos —dijo riendo Gerald Blair, en los postres ya—. ¡El Monje iba a ponerse empapado, si se le ocurre pasear con este tiempo!

Sólo él rió su gracia. Nadie allí hizo comentario alguno, No había sido oportuno ni gracioso. El barón Korsten le contempló, ceñudo, con evidente mal humor. Blair tragó saliva, y también un sorbo de vino, enrojeciendo hasta la raíz de sus cabellos.

Gunther trató de quitar tensión a la situación. Tras tomar la fruta, miró a su padre con cierta arrogancia. Su voz sonó áspera:

—Papá, he estado pensando en todo lo ocurrido aquí últimamente…

—¿Y bien? —Maximilian le contempló, enarcando las cejas.

—He decidido marcharme.

—¿Qué? —saltó con brusquedad el barón.

—Estoy resuelto, padre. No trates de quitarme la idea de la cabeza. Esto no es para mí. Estoy harto de leyendas, de aparecidos. Quiero vivir como un ser humano, no como un espectro viviente. Heidi lo entendió así.

—Y Heidi ha vuelto aquí, Gunther —le recordó su padre—. No querrás terminar igual…

—No voy a terminar igual. Pero acabaré loco o estúpido, si permanezco en esta odiosa región, oyendo siempre hablar del maldito Monje Sangriento y del hacha vengadora, y de los *vurdalaks* de Igor, y de todas las supercherías y paparruchas que llenan este infierno.

—Hay algo que no es paparrucha, mi joven amigo —le recordó Saint Cyr, solemne—: Yo vi al Monje en su cripta. La señorita Vaal le vio anoche, ante el féretro de Heidi…

—¡Al diablo con todo eso! —masculló Gunther. Dio un manotazo, derribando el vino sobre el mantel—. ¡Estoy harto de todos ustedes y de esas leyendas! ¡Si los muertos viven, que vengan a por mí! ¡Les espero sin miedo alguno!

Se levantó bruscamente, y abandonó el comedor. Nos quedamos callados todos. Miré la mancha del vino. Vino tinto. Espeso. Como sangre…

Frida habló apagadamente a su esposo:

—Gunther dijo la verdad, Max —susurró—. Es joven, tiene derecho a hacer su vida, no la tuya ni la mía…

—¡Calla, mujer! —se enfureció el barón, dando un puñetazo en la larga mesa—. Hay invitados. No tienen por qué sentirse violentos con nuestros problemas. Hablaremos luego de eso. Antes de dormir. Tú, Gunther, y yo.

Me erguí en el asiento. Mis ojos se cruzaron con los de Saint Cyr y Elke fugazmente, apenas sonó aquella risa gutural y sobrecogedora, en alguna parte.

Vi la mortal palidez en el rostro de Elke, el temor en los ojos de Saint Cyr… y la repentina crispación en el barón Korsten, que giró

los ojos hacia las lóbregas sombras de los corredores, más allá de los arcos de entrada al comedor castellano, con sus flecos chamuscados de hermosos tapices perdidos en el incendio.

—Esa risa… —susurré—. La oí anoche otra vez, cuando… cuando…

Ahora, los ojos de Saint Cyr y los míos chocaron violentamente. Nos levantamos al unísono, derribando nuestros escabeles.

—¡El Monje! —aulló el belga.

—¡Gunther! —chillé yo.

Y ambos emprendimos veloz carrera hacia las sombras del corredor, en pos del ausente hijo del barón.

Atrás quedó la confusión, los demás incorporándose, comentado. Las luces del comedor, brillantes y doradas. El largo pasillo de fría piedra, como una cripta inmensa, nos acogió al belga y a mí, a la carrera los dos, con un mismo temor en nuestra mente, expresado con diferentes palabras.

Nuestras pisadas retumbaban huecamente en el corredor sin fin. Los hachones encendidos eran pocos y espaciados. Leves manchas de un resplandor fantasmal, acentuaban más que combatían, las densas sombras de los recodos y rincones del corredor.

De repente, el alarido se elevó agudo, helándome la sangre en las venas. Paré en seco. Saint Cyr también lo hizo, unos pasos más allá. Miramos en dos direcciones, a izquierda y derecha, donde se abrían dos oscuras galerías mal alumbradas. De una de ellas había brotado aquel inhumano alarido, que hablaba de terror y muerte. Pero la resonancia misma de los ecos, hacía imposible saber dónde pudo ser…

—Usted por allí —jadeó Saint Cyr, señalando uno de los corredores—. Yo, por el otro.

Asentí, aunque separarnos en estas circunstancias no resultaba agradable. Corrimos en opuesta dirección, y me vi solo, aislado en un pasillo largo, sombrío, tenebroso, donde uno de los hachones parecía haberse apagado de resultas de la lluvia y el viento que penetraba por una ventana entreabierta.

Más allá, al fondo, brillaba la mortecina luz de un velón arrinconado. Avancé hacia ese punto, con mayor cautela, escudriñando en torno, para no verme desagradablemente sorprendido por algo, material o no.

De repente, me detuve en seco. La sombra ominosa se erguía ante mí, como un espectro. Necesité unos segundos para comprender que era sólo una vieja armadura… Me maldije por dejarme impresionar hasta ese punto.

Di unos pasos más, dejé atrás la armadura, y el velón iluminó una especie de recodo con un reclinatorio y un ábside policromado. Emití un ronco grito de horror, me eché hacia atrás, angustiado, trémulo.

El cuerpo de Gunther Korsten se reclinaba en aquella pieza de madera con tapizado rojo. Pero la cabeza firme del joven Gunther NO estaba en el reclinatorio… sino colgando de un angosto ventano ojival, sujeta a ese hueco por una cadena herrumbrosa…

En el suelo, un hacha de enormes proporciones emitía rojos destellos de sangre en su filo. Me volví, empezando a llamar con voz ronca:

—¡Aquí, Saint Cyr, aquí…! —comencé.

Y los cabellos se erizaron en mi cabeza, cuando lo vi. Cuando me enfrenté a *él*, finalmente, en aquel espantoso corredor de sangre y de muerte.

Era él.

El Monje Sangriento. El Decapitado. El ser llegado desde más allá de la tumba…

* * *

—No, no puede ser… —musité, despavorido, sintiendo realmente terror, por una vez en mi vida. Enfrentándome, al fin, a lo que no tenía humana explicación.

A un ser de ultratumba, escapado de su cripta funeraria, de más de siete siglos… para cumplir una maldición sangrienta en los miembros todos de una familia.

El Monje. El caballero medieval, adorador de Satanás… El perjuro y blasfemo que se levantó contra su Señor, para condenarse por la eternidad.

Un ser descabezado, alucinante… Un atavío, mitad de guerrero, mitad de monje, muy medieval. Y un muñón en el cuello. Un vacío negro y espantoso en donde tenía que haber habido una cabeza

humana, real o no. Una caperuza ensangrentada, como única cosa sobre los hombros.

Estaba ante mí. Habíase materializado, surgiendo de las sombras que proyectaba la armadura. Sus manos se hundían en las mangas de burla tela carcomida, en postura muy monacal, aparentemente inofensiva, como ajena a todo.

Sin embargo, en la forma maldita, el ser de pesadilla, el monstruo obsesivo, de manos de esqueleto, rezumando pus de putrefacción humana… Una purulencia que venía de más allá de la tumba, pues que un cadáver de setecientos años ya no puede ser sino polvo, huesos, cenizas y jirones de tela hecha polvorientos residuos.

—Visión infernal, aparta… —mascullé, con voz ronca. Retrocedí hacia el ábside y el reclinatorio con la figura horripilante mutilada —. ¡Vete a tu mundo infernal, Gösta Hoffman, y que el Señor a quien traicionaste te dé por fin la paz que tanto necesitas! ¡Ni un paso más hacia mí, o apelaré a Dios mismo para destruirte de una vez por todas!

Era inútil. Mis amenazas no surtían efecto. El monstruo de ultratumba, el Decapitado, venía, venía hacia mí…

Y extrajo sus manos de las mangas. Y vi aquellos huesos mal articulados, aquellas garras desnudas, descarnadas, rezumando podredumbre… Y vi aquellos pies moviéndose por el piso, hacia mí, blandos y como en estado de descomposición… Y supe que un horror nauseabundo, un cuerpo que despedía el hedor de la muerte corrupta, iba a abatirse sobre mí, en un abrazo demoníaco y enloquecedor, acaso para hacerme también su víctima, como anunciara el barón Korsten, de toda persona que pretendiera ayudarle y ser su amiga.

El Decapitado estaba virtualmente encima de mí, acosándome. Retrocedí un paso más, tropecé con el reclinatorio, bamboleándose el mueble y haciendo caer hacia un lado el cadáver descabezado del infortunado Gunther…

Perdí el equilibrio y caí de rodillas, sobre un charco de espesa sangre aún caliente, densa, que empapó mis manos y mi pantalón. Sangre de Gunther Korsten.

El Monje Sangriento se inclinó hacia mí, inexorable, con aquella negra mancha atroz que formaba, bajo la caperuza, el vacío

dantesco de su cabeza ausente.

Supe que no tenía evasión ni defensa. Nadie puede vencer a los muertos, si éstos salen de sus tumbas. Nadie puede matar aquello que ya murió…

* * *

Mis dedos ensangrentados, tropezaron con el largo mango de madera. El hacha.

Era la única arma a mí alcance. La tomé con decisión. Tampoco podía herir a quien ya ha sido herido de tal modo. Pero existía un cuerpo, además de una cabeza. Cualquier cosa era mejor que ceder, que dejarse aniquilar por aquella cosa hedionda y repulsiva que un día fuera un ser humano, un monje blasfemo y malvado.

Alcé el hacha bruscamente, con un rugido de ira. Y descargué el golpe, sin vacilar.

El filo del hacha golpeó brutalmente sobre el hábito, en aquel cuerpo fétido, que debería yacer en su tumba, en vez de moverse por el mundo, destruyendo vidas humanas.

Hubo algo como resultado. Un crujido violento, un chasquido brutal, bajo las ropas, que se abrieron al golpe feroz del hacha. Por el corte, brotó una masa oscura y repugnante, puro pus de un cuerpo en putrefacción avanzada. El esqueleto interior se agitó, con otro chasquido, rotos sin duda varios huesos, bajo la carne que se caía a jirones, como goteante basura humana, a causa del tremendo impacto del hacha.

Supe que la herida le afectaba, aunque fuese de ultratumba y no tuviese cabeza ni nada. Retrocedió, tambaleante. Sus manos huesudas se engarfiaron en el aire, dejando gotear purulencias malolientes, que se mezclaban en el suelo, en charcos de náusea, con la sangre de Gunther.

El Monje retrocedió más aún. Me dejó terreno libre. Ningún sonido brotaba de aquel cuerpo. Sin boca para modular sonidos, sin ojos, sin rostro para expresar dolor o emoción alguna, difícilmente podía yo saber lo que sentía en ese momento el diabólico ser.

Pero sabía que podía salir de allí, escapar ahora que era ocasión, por si luego el monstruo volvía a la carga. Corrí, salvando su

presencia, sin que extendiera sus garras hacia mí. Grité:

—¡Saint Cyr, Saint, Cyr, aquí! ¡Venga, pronto! ¡Es el Monje! ¡Está aquí…!

Llegué al corredor central. Me encontré con el barón, fusil en mano, con los demás, armados de las más diversas maneras. Saint Cyr, pálido, sobresaltado, llegó a la carrera desde el otro corredor.

—Malone, ¿qué sucede? —comenzó—. ¿Ha encontrado algo?

—Demasiado —murmuré, apoyándome en el muro, para tomar aliento—. He encontrado demasiado… Es allí, barón… Su… su hijo Gunther… y ese monstruo… el Monje…

—¡Gunther! —aulló Maximilian Korsten, palideciendo—. ¡Gunther!

Echó a correr hacia la oscuridad. Todos le siguieron. Yo me quedé el último. Me dispuse a unirme al grupo.

Frida Korsten, lívida, me aferró por un brazo, reteniéndome.

—Un momento, Malone… —rogó con voz ronca—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Y mi hijo? ¿Está…?

Asentí con la cabeza. No tuve ánimos para mirarla.

—Lo siento, señora —susurré—. El Monje debió alcanzarle… Es… es espantoso…

—¡Gunther! —sonó, desgarrada, la voz de Korsten, allá al fondo.

Me sorprendió no oír disparos, ni gritos, ni nada de ello. Tomé a la señora Korsten de un brazo, y corrimos ambos en esa dirección.

Al llegar, mientras todos rodeaban con horror al desdichado Gunther, yo busqué en torno mío, estérilmente. Busqué al Monje Sangriento.

No estaba allí. Ni en lugar alguno del pasillo.

—Malone, usted dijo que él estaba aquí… —musitó Saint Cyr, acercándose a mí, ceñudo.

—Es lo cierto —afirmé—. Vea usted sus huellas. Esa pestilente materia… Goteaba de sus dedos descamados… Escapó de la herida que le causé con el hacha… Y hace apenas unos momentos. No hay salidas. No ha podido desaparecer, a menos que…

—A menos que se evapore, ¿no es cierto? —sugirió Saint Cyr, sombrío—. Y eso es muy posible en los difuntos que vuelven a la vida, ¿sabe, amigo mío? Yo… yo puedo hablarle de esto. Mejor que nadie en el mundo. Quizá deba usted saberlo ya…

—Saber ¿qué? —murmuré, desorientado.

Bajó mucho la voz, para musitarme al oído, confidencialmente:

—Escuche, Malone. Yo… yo he dedicado toda mi vida a esto. Como hay quien busca coleccionar algo pintoresco, o quien se dedica a la caza de brujas o de hombres… yo «cazo» fantasmas.

—¿Caza? No lo entiendo…

—Recorro el mundo buscando sucesos así, indagando casos sobrenaturales… Soy un experto en eso, Malone. Profesor en Ciencias Ocultas, iniciado en métodos de hechicerías, espiritismo, ritos vudús, magia negra… Yo sé que puede haber algo, más allá de lo que conocemos y consideramos como normal. Lo paranormal, sin embargo, no estriba, creo yo, en que un viejo cadáver resucite para vengarse… Y menos, que un cuerpo de siete siglos de antigüedad en su tumba, rezume purulencia y esté descomponiéndose… No, Malone. Algo anda mal aquí. Algo no es como debiera ser…

—Siempre he tenido esa impresión —musité, contemplando a cuantos rodeaban el cuerpo decapitado del joven Korsten, grupo del que Elke Vaal, rápidamente, había separado a una Frida Korsten que parecía a punto de la crisis nerviosa mayor de su vida. Pero continuaba sin derramar una sola lágrima por sus secos y fríos ojos.

—Escuche, Malone —jadeó Saint Cyr, en el mismo tono confidencial—. Vamos a averiguar, de una vez por todas, lo que hay en esa cripta. Si usted me ayuda, claro está.

—Le ayudaré —prometí—. ¿Qué es lo que quiere hacer, exactamente?

—Abrir la lápida. Entrar en la cripta. Y ver si yace allí ese Monje o no.

—Muy bien. Estoy dispuesto. ¿Cuándo, Saint Cyr?

—Más tarde. Antes del amanecer. Que el nuevo día nos sorprenda ya en la Abadía. Pediremos un caballo al barón. Es evidente que estemos ante algo que no es natural. El Monje existe, sale de su tumba y vuelve a ella. Es un decapitado que anda. Pero… tiene que haber algo más. Y quisiera saber lo que es.

—Cuente conmigo. Amanecerá sobre las siete y media a ocho.

—A las seis y media en punto saldremos de aquí. —Saint Cyr miró en derredor—. De momento, voy a investigar por dónde pudo desaparecer nuestro temible ser de ultratumba…

# CAPÍTULO IX

La primera luz del alba salió por el oriente, entre nubarrones grisáceos. La nieve estaba ya muy derretida. Había dejado de llover, y el frío era húmedo e intenso.

—Ahí es —la mano de Saint Cyr señaló las verjas abatidas, las piedras entre matorrales salvajes, agua y nieve sucia—. El viejo cementerio de los Caballeros Rojos…

Asentí. Caminamos por entre las ruinas de la abadía, muy atentos. El día prestaba un aire fantasmal a aquellas ruinas, hechas de muros, columnas y arcos sin techumbre.

—De modo que encontró el camino… —dije, pensativo, mientras Saint Cyr rastreaba como un experto, entre los peñascos.

—¿El de entrada y salida al castillo? Por supuesto, Malone. Tenía que haberlo. Esas viejas construcciones medievales están llenas de pasadizos y galerías secretas. En aquellos tiempos precisaban muchas veces ocultarse, salir secretamente… o entrar sin ser vistos. No creo que exista castillo alguno sin pasadizos. El del barón Korsten no iba a ser una excepción. Tenía ese pasadizo. Justo detrás de la armadura del corredor.

—¿Y conducía…?

—Directamente al sendero que va a la posada de Igor… y, naturalmente, aquí: a la abadía… —se detuvo. Me señaló matojos, una extraña luz de varios brazos, cortos y largos, y un símbolo demoníaco en su remate. Era un signo blasfemo, anticristiano. Una prueba de la entrega al diablo de los miembros de la antigua orden monacal y caballeresca—. Mire: es esa tumba. La de la cruz de metal…

Asentí, acercándome. Leí borrosamente las fechas del siglo XII, el nombre de Brude[7] Gösta Hoffman…

—Bien. Ahora, ¿qué hacemos, Saint Cyr? Usted es el experto en

esto…

—Va a costar quitar esa lápida de ahí, aunque su ocupante lo haga con tan aparente facilidad. Ayúdeme con algún hierro largo, de esos que hay por ahí dispersos…

Le ayudé, haciendo cuña con el hierro. También él forcejeó por el otro lado, hasta que un crujido nos avisó de que la gran piedra cedía finalmente.

Alzamos la tapa. Un fuerte hedor brotó del interior oscuro. Una fétida oleada que me hizo echar atrás, asqueado.

—Póngase un pañuelo en el rostro —me invitó Saint Cyr—. Traiga esta lámpara. La encenderemos, para bajar a la cripta.

Y bajamos.

* * *

El altar era también hereje. Ni un signo cristiano en él. Sólo símbolos satánicos, dibujos cabalísticos, una obscena pintura desgastada por el tiempo y la humedad. Y una calavera humana, con garabatos pintarrajeados en rojo y negro sobre el cráneo de amarillento hueso.

Saint Cyr y yo giramos la cabeza hacia la pieza de mármol situada al otro lado de la cripta.

Una tumba. Y una tapa de piedra, con una escultura. La de un hombre con ropas de guerrero y de monje. Un hombre con cabeza. Una hermosa cabeza rubia, leonina, fiera y enérgica.

Debajo, el nombre grabado: Gösta Hoffman.

—Es él… —musitó—. Pero… antes de ser decapitado.

—Tal vez prefirieron representarle como era en vida. Abra la tapa del mausoleo, Malone. Por ese lado. Yo lo haré por aquí.

Unimos nuestros esfuerzos. La tapa cedió pesadamente. Nos enfrentamos con lo que contenía aquella hermosa tumba situada bajo tierra, en el cementerio de los Caballeros.

Ambos miramos con igual curiosidad al interior del recinto funerario.

Ambos vimos lo mismo. Alzamos la cabeza. Nos miramos. Me estremecí ligeramente.

—De modo que, pese a todo, era cierto… —susurré—. Está

aquí… y es él. Mire: ese profundo tajo que rasga sus ropas… Es el que le causé con el hacha esta noche…

—Sí, es él —suspiró Saint Cyr—. El decapitado Monje Sangriento… Pero este cadáver no tiene setecientos años. En modo alguno.

—¿Qué quiere decir? —le miré, sorprendido.

—No es un caballero medieval. No es un monje de hace siete siglos. Esas ropas sí lo son… pero más cuidadas. De hace menos tiempo. La huella del corte en su cuello, cuando le decapitaron… no puede datar de más de unos meses acá. Su proceso de descomposición es el normal en tal período…

—Pero… ¡pero no deja de ser *un cadáver que anda*! —protesté, horrorizado.

—Eso, sí —afirmó Saint Cyr, severo—. Un cadáver que anda, sí. Pero ahí termina todo. No es nada más. No decapita a nadie, porque no podría hacerlo. Se mueve, si se lo ordenan. Y es todo.

—¿Si se lo ordenan? —me sorprendí.

—¿Es que no lo entiende, Malone? Magia negra. Poder para mover a los difuntos como si fuesen autómatas, durante cierto tiempo. Pero nadie podría mover a un esqueleto o a un cadáver convertido en polvo. De modo que inventaron un Monje Sangriento para aterrorizar a todos. La magia negra aplicada a esto, mueve al cadáver un corto espacio de tiempo, pero sin que pueda dañar ni agredir a nadie. Y más en este caso, en que ni siquiera tiene cabeza, y sólo obedece por impulsos sobre sus centros nerviosos, transmitidos por alguien que domina la oscura ciencia de dar vida a los difuntos. Una vida artificiosa, breve y torpe, como todo lo que no es auténtico aliento vital dado por el Creador.

—Dios mío… Voy entendiendo algo. Es una farsa. Una gran farsa, con una sola verdad: el muerto existe, el fantasma sale, realmente, de su tumba. Pero sólo por impulsos mecánicos.

—El vudú ha logrado cosas mejores donde se practica, Malone. Sí, son impulsos puramente mecánicos, en un cuerpo que se está deshaciendo por momentos. Huele horriblemente. ¿Vamos ya, amigo?

—Sí, vamos. No me gustaría verme mucho tiempo encerrado aquí, en esta cripta, con… con semejante compañía y semejante fetidez.

Nos dispusimos a subir los breves escalones hacia la lápida abierta. Saint Cyr habló rotundamente:

—Resumiendo: ¿qué cree usted, a la vista de todo esto, Malone?

—Creo que lo mismo que usted, Saint Cyr —dije roncamente—. El secreto de esas muertes atroces, de todo este terror desatado… está en el castillo de los Korsten.

—Exacto —suspiró el belga—. Será mejor ir ahora en busca de la policía, a cualquier villorrio cercano, para proceder a arrestar a dos asesinos enloquecidos.

—¿Dos? —asentí despacio, ceñudo—. Sí, creo que son dos en potencia, aunque tengan cómplices a su servicio…

—Perfecto, Malone. Estamos de acuerdo en todo, amigo mío —asintió Saint Cyr—. Ya veo que hemos llegado a una misma conclusión. Sabemos lo que está sucediendo…

—Y por ello, NUNCA SALDRÁN de aquí, caballeros —dijo la helada voz, allá arriba.

Para nuestro horror, un arma de fuego nos encañonó, obligándonos a detenernos cuando faltaban escasos tramos para la salida de la vieja cripta. Lo peor no era eso, sin embargo.

Lo peor era que alguien estaba empujando la lápida, para encerrarnos en aquel horrible recinto para siempre, mientras ella, Frida Korsten, nos amenazaba con su revólver…

# CAPÍTULO X

—Usted, señora Korsten… —dije—. Usted mató a Heidi. Usted debió envenenarla… y la infortunada muchacha murió lentamente, por efectos de ese veneno… Usted hizo que la decapitasen esa noche en la posada. Fue obra de Igor, ¿no es cierto? El posadero es buen compinche suyo, señora, no hay duda…

—Son ambos muy listos. Mucho. El «cazador» de duendes y el joven biólogo… —se burló ella. Apremió al invisible personaje—: Vamos, Igor, apresúrate. Encierra pronto a esos dos hombres tan peligrosos para nosotros.

—Supongo que ahora le tocará al barón, ¿es así? —dije, sibilante.

—Supone bien, mi querido amigo Malone —asintió ella, glacial—. Ahora el barón Maximilian Korsten… ¡Oh, cómo odio a ese maldito ser!

—¿Por qué, señora? —indagó Saint Cyr—. ¿Porque él hizo matar a su hijo de usted? Gunther Korsten, que NO ERA HIJO DEL BARÓN, ¿me equivoco?

—¡Claro que no era suyo! ¡Él ya no podía tener hijos, a causa de una enfermedad, y lo descubrió recientemente, a través de un doctor en Innsbruck! —jadeó ella—. ¡Por eso le odiaba ya tanto como a mí, que sabía que no le era fiel, y que le aborrecía! ¡Por eso iba a dejar todos sus bienes a Heidi, su hija verdadera, y quitándole todo a mi Gunther! ¡Yo acabé con Heidi, despertando de nuevo la leyenda del Monje Sangriento, en lo que Igor me ayudó, decapitando a un individuo, que pusimos en esta cripta, para suplir el cadáver polvoriento del verdadero monje, y así poder yo aplicar sobre ese cadáver mi dominio de magia negra y de poder sobre los muertos! ¡Lo que ocurre es que el maldito Max lo sospecha, y él recurre a su monstruoso esbirro, a Gargol, para contrarrestar mi furia, y vengarse a su modo, con mis propias armas! ¡Él hizo matar

a Gunther! ¡Gargol le decapitó, mientras mi Monje ficticio se disponía a aterrorizar a todos ustedes por orden mía! Ahora, nunca sabrán esto. Nadie lo sabrá. Max y Gargol serán decapitados, y el Monje Sangriento será el único acusado… Ahora… ¡cierra la lápida, Igor, amigo!

—Sí, mi señora —asintió el ruso.

Y se dispuso a dejar caer la piedra fatal sobre el hueco que era nuestra salida a la vida…

* * *

Creo que lo hice a la desesperada. No podía hacer otra cosa. Cerrarse aquello, era morir irremisiblemente.

Morir por morir, tanto daba esto. Salté adelante.

Caí sobre la señora Korsten. La eché atrás violentamente. Ella disparó, y la bala de su arma penetró en mi cuerpo. Sentí la mordedura feroz, candente, en mi propia carne. Pero logré apartarla lo preciso. Igor juró, tirando de la lápida contra la abertura. Saint Cyr se quedó dentro, con un aullido desesperado.

Lleno de horror, comprendí que nunca tendría fuerzas para sacarle de allí, y que estando herido, con dos enemigos enfrente, en el viejo cementerio de la abadía, pronto iba a ser vencido sin remedio.

De modo que, pese a ello, forcejeé, por aferrar el arma de la señora Korsten. Ella disparó otra vez, y me abatió.

Caí de rodillas, sintiendo correr la sangre por mi cuerpo. Ella aulló, lívida, con ojos estremecidos de odio.

—¡Remátalo, Igor! ¡Vamos, acaba con él!

—Sí, mi señora —dijo el posadero, con fanática obediencia.

Y, tomando un enorme peñasco, lo alzó, para aplastarme el cráneo ferozmente. Supe que, de un modo definitivo, se habían terminado mis oportunidades. Y las de Saint Cyr.

* * *

En ese momento llegó el milagro.

Cuando ya no podía esperar nada, y la muerte era algo cierto e inexorable, suspendido sobre mi cabeza.

Hubo dos detonaciones bruscas, violentas. Igor se estremeció. Abrió mucho los ojos, empezó a caer, mortalmente lívido… Tenía dos balazos en el cráneo, que le convertían en algo sumamente desagradable ante mis ojos.

Miré a la entrada del cementerio monacal, entre los arcos incompletos de viejas piedras.

Allí estaba mi salvadora. Nunca me parecieron tan bonitos los verdes ojos de Elke Vaal, como ahora, tras el humo que se alzaba desde su fusil.

Se volvió virulenta Frida Korsten. Disparó de nuevo Elke, con serenidad.

La dama, herida en la mano, perdió su arma. Gritó, pretendiendo huir a la carrera. Otro disparo del fusil de Elke, la detuvo.

—La mataré si intenta evadirse, Frida —dijo secamente la joven institutriz—. He acertado al sospechar de usted y seguirla. Sabía que algo siniestro se incubaba en esa casa, y no andaba equivocada…

—Dios sea loado… —musité entre dientes, sintiendo que me debilitaba por momentos—. Entre usted y… y yo, Elke… debemos sacar de ahí dentro a Saint Cyr…

—Sí, lo haremos. Y ella ayudará, le guste o no —señaló, decidida, hacia la señora Korsten—. Me alegro de haber llegado tan a tiempo, Malone.

—Imagínese yo… —resoplé, sintiendo que casi me desvanecía.

Pero soy un hombre de firme voluntad. Aún tuve tiempo de ayudar a tirar de la lápida para que saliera Christopher Saint Cyr de su encierro tétrico.

—Ahora, con ella a buen recaudo, a la espera de la horca, no creo que vuelvan a levantarse los muertos en estas regiones —suspiró Saint Cyr, mirando con simpatía a Elke—. Gracias, muchacha. Ha sido usted providencial para nosotros…

Elke nos sonrió débilmente. Estaba muy impresionada por todo aquello. Y aún lo estaría más cuando conociera la tremenda historia de odio y de sangre, completa.

De eso me encargaría yo, ahora que suponía que ella iba a irse

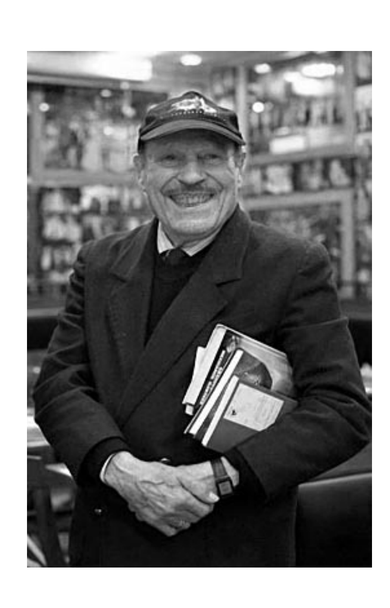
del castillo para siempre. Y podía seguir siendo compañera mía de viaje, hacia mi punto de destino.

Y quién sabe si, quizá, hasta más lejos.

No podía ofrecerle un cargo de institutriz en Londres, porque soy soltero y no tengo hijos ni sobrinos. Pero sí uno de secretaria particular. Mía, por supuesto.

Sí, eso es lo que haría, apenas reanudáramos viaje, y toda aquella angustiosa pesadilla quedase atrás, con el castillo maldito y las ruinas del diablo…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

# Notas

[1] *Burg* en alemán, castillo o residencia feudal. < <

[2] *Abtei* en alemán, abadía. <<

[3] En alemán, «diablo» es *teufel*. Por tanto, la letra «t» es su inicial, mencionada aquí. La cruz egipcia, asimismo, es una letra T., por ser una cruz sin prolongación superior. < <

[4] En alemán, *Brude*: hermano. *Mönch*: monje. <<

[5] «Hay más cosas en este mundo, Horacio, de las que puso soñar tu filosofía», es la frase de Horacio, en *Hamlet*, a la que alude aquí el autor. Y se refiere también a una aparición de ultratumba, la del padre del propio príncipe Hamlet. <<

[6] Aproximadamente, tres pies y medio equivalen a un metro y cinco centímetros. <<

[7] En alemán, *Brude*: hermano. < <